

AROLAS, JUAN (1805-1849)

*POESÍAS CABALLERESCAS*

INDICE:

TROVADORES PROVENZALES  
EL CERCO DE CAMORA  
ROMANCE HISTÓRICO  
DON ALFONSO Y LA HERMOSA ZAIDA  
CEREMONIAL CABALLERESCO  
LEYENDA DEL CID  
A MÁS MOROS, MÁS GANANCIA  
VENCEDOR DESPUÉS DE MUERTO  
FERNÁNDEZ RUIZ DE CASTRO  
EL ABAD DUNCANIO  
BLANCA DE BORBÓN  
ENRIQUE III  
LAS TRANZADERAS  
ROMANCE  
ISAURA  
FELIPE II Y EL CONFESOR  
FELIPE IV Y EL DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES  
MARÍA CALDERONA

TROVADORES PROVENZALES

Plácenme historias pasadas  
De andante caballería  
Y en ser las noches llegadas  
Olvidar penas del día  
Con los cuentos de las hadas

Y luego en lecho de flores,  
Si las hadas me dejaron,  
Ir soñando los amores  
Que tuvieron y cantaron  
Los antiguos trovadores.

Ver a Arnaldo y su querida  
Siempre a sus finezas dura  
Mientras él nunca la olvida,  
Mientras canta su ternura  
Con su letra muy sentida:

Y a Rambaldo generoso  
Que manifiesta a su dama,  
Por tímido y receloso,  
Lo violento de su llama  
Con un ardid ingenioso.

Ver las gracias y embeleso  
De la esposa de Imberal  
Y aquel amoroso exceso  
De aquel Pedro de Vidal  
Que dormida le dio un beso;

Que luego fue desterrado,  
Mas por ser su suerte rara,  
De la hermosa perdonado  
Vino a recibir de grado  
Lo que a fuerza se tomara.

¡Cómo es triste de escuchar  
Aquella canción de amor  
Que muerte vino a causar  
Poco después de cantar  
A su mismo trovador!

«Aquel dulce pensamiento  
»Que de vos amor me envía  
»Díctame cada momento  
»Versos que me dan contento,  
»Señora del alma mía.»

¡Ah, Guillermo... tu canción  
No la oyera, por los cielos,  
Con bárbara indignación  
Y ardiendo en rabiosos celos  
Raimundo de Rosellón,

Que el corazón te arrancó  
Con el pérfido puñal  
Y en un festín lo alargó

Sobre un plato de metal  
A su esposa que te amó.

Que ella y tú fueseis yuntados  
Bajo losas funerarias  
Quisieron después los hados  
Y que los enamorados  
Os dijese sus plegarias.

¡Cuán bellos mis sueños son...!  
¡Con cuán mágicas pinturas  
Me presenta la ilusión  
Tus amores y aventuras,  
Guillermo de Balaón...!

Que con extraño placer  
Aparentabas reñir  
Y a tu dama aborrecer  
Por el gusto de volver  
Las voluntades a unir.

Mas no anduviste advertido  
cual fue razón anduvieras  
Por no verte aborrecido,  
Cuando tu desdén fingido  
Te valió un desdén de veras.

Y para darte el perdón  
Mandó tu cruel señora  
Que una uña de raigón  
Te arrancases en mal hora  
Del dedo del corazón.

También es bello soñar  
Al que sin ver a su dama,  
Llegándose a enamorar  
Por las nuevas de la fama,  
Quiso verla y surcó el mar.

Y en traje de peregrino  
Tan dulce cántico hacía,  
Que en medio la mar bravía  
Lamentando su destino  
Los delfines atraía.

«Amor de tierra lejana,

»Por ti mi carne mezquina  
»Toda está enferma y se afana  
»Sin encontrar medicina  
»Que la pueda poner sana.»

Lejos de nativa playa  
La muerte fuiste a buscar,  
Mísero Rudel de Blaya,  
Tan delicado en amar,  
Tan docto en la ciencia gaya.

Muy hermoso es recordar  
A don Pedro de Aragón,  
A Failit de Belostar  
y Hugo, que por afición  
Fue trovador y juglar;

Y aquellas dulces tenzones  
Llenas de amorosas sales,  
Serventesios y canciones  
Y aquellos juegos florales  
Con premios y distinciones.

Las damas que presidían  
Las cuestiones ingeniosas  
Que a los vates proponían  
Y las letras y las glosas  
Que cantaban y leían...

Plácenme historias pasadas  
De andante caballería  
Y en ser las noches llegadas  
Olvidar penas del día  
Con los cuentos de las hadas

Y luego en lecho de flores,  
Si las hadas me dejaron,  
Ir soñando los amores  
Que tuvieron y cantaron  
Los antiguos trovadores.

## EL CERCO DE ZAMORA

(Romance histórico)

1

Contra todo ardid guerrero  
Zamora está bien sentada:  
De un cabo la corre Duero,  
Del otro Peña Tajada.

La ciñen a la redonda  
Unas torres muy espesas,  
Muro fuerte y cava fonda  
Con sus barbicanas gruesas.

Y al verla con tal muralla  
No hay cristiano ni agareno  
Que la quiera dar batalla  
Ni embestirla en su terreno.

De su padre en rico don  
Doña Urraca la tuviera  
En aquella partición  
Que de sus reinos hiciera;

Mas don Sancho de Castilla,  
Que anhela mayor estado,  
Siempre tuvo por mancilla  
Ver su imperio desmembrado;

Ver saltar del cetro e oro  
Joyas que de estima son:  
Galicia, Zamora, Toro,  
Con Asturias y León,

Y que, siendo el heredero  
De sitios fuertes y llanos,  
Pierda de su haber y fuero  
Por la pro de sus hermanos.

Traspasar la jura quiso  
Que hiciera no de buen grado:  
Puesto en armas de improviso  
Sus huestes llamó a su lado

Y lidió con tal fortuna  
Que en hierros puso a García  
En el castillo de Luna

Y a don Alfonso en Mongía.

Era Sancho tan gamón  
Que las barbas le apuntaban;  
Pero en bravo corazón  
Pocos hombres le igualaban.

Al Duero va sin demora,  
De Safagún fuerzas saca,  
pues suspira por Zamora  
Que conserva doña Urraca

Y pasa ya las orillas  
Del murmurador raudal  
Que besa flores sencillas  
Con los labios de cristal.

Al instante cabalgara  
Con el Cid campeador  
Y Diego Ordóñez de Lara  
De Zamora en derredor.

Luce galas muy ufanas  
El de Vibar, buen jinete,  
Con espuelas italianas  
Doradas y de rodete

Y a los rayos encendidos  
Del sol brillan los metales  
De los arneses febridos  
De sus piernas y brazales.

Penacho de blanca pluma  
Sobre el yelmo se desmaya  
Como la nevada espuma  
Sobre la tendida playa

Y revelan las labores  
Del follaje en su gorguera  
Las manos y los amores  
De la hermosa que venera.

Su trotón es alazán,  
Nariz ancha, vela enhiesta,  
Con ímpetus de volcán  
Cuando a reventar se apresta.

El Rey, sobre su armadura  
Rica veste desplegando,  
Cabalga con apostura  
Siempre a la ciudad mirando.

Su cuadrúpedo violento,  
Que frenos de plata muerde,  
Lleva fino paramento  
De damasco azul y verde.

Con cortapisa preciosa  
De unas martas cebellinas:  
Es negro, cerviz hermosa;  
Por crin tiene sedas finas.

Cubierto de limpio acero  
El de Lara lozanea  
Dando riendas a un overo  
Que el viento beber desea.

Los tres miran larga pieza,  
Como de común intento,  
La ciudad, su fortaleza,  
Las murallas y su asiento.

Sus puertas están cerradas  
A enemigos tan cercanos  
Y sus torres coronadas  
De valientes zamoranos

Que fieles a sus pendones  
Forman las segundas vallas  
Con pechos y corazones  
Encima de las murallas.

Al volver para sus tiendas  
Tuvieron tal razonar,  
Deteniendo ambos la rienda,  
Don Sancho y el de Vibar:

«-Vedes, Cid, cómo es muy fuerte  
Contra toda hostil hazaña;  
Si la hubiese por mi suerte  
Sería señor de España.

»Conmigo deudos habedes,  
Pues mi padre os dio crianza  
Y os acrezco las mercedes  
Cuanto mi poder alcanza.

»Vos di más que un gran condado  
Por vuestro merecimiento  
Y el mayor sois a mi lado  
De mi casa e valimiento.

»Vos quiero rogar agora  
Cabalguéis de buena gana,  
Que vayades a Zamora  
A doña Urraca mi hermana;

»Digades que he de servilla  
Con mi hacienda y mi poder;  
Pero que me dé la villa  
O por cambio o por haber;

»Que he de darla en este trueco,  
Como cumple a mi largueza,  
A Medina de Rioseco  
Con Tiedra que es fortaleza;

»E si no quiere otorgarla  
Tengo huestes aguerridas  
Y por fuerza he de tomarla  
Con ingenios e bastidas.»

-«Señor, con ese mandado  
Que vaya otro mensajero  
Ca de Urraca fui criado  
Y a mi honor no es cumplidero.»

-«Si no la recabáis vos,  
Que no conocéis segundo,  
No la espero, vive Dios,  
De ningún home del mundo.

»Catad que de honor no es ley  
Ni caballerosa fama  
Con desaguizado al rey  
Complacer a alguna dama.»

-«¡Harto ingrato fui a su amor

Con desaire y con desdén!  
¡Fuérale tal vez mejor  
Amar a quien ama bien!

»Que ella me calzó la espuela  
Y adornando mi persona,  
Diome el casco y la rodela  
Y ciñóme mi tizona.

»Si las lides me llamaban  
Las lágrimas le salían  
Y del corazón manaban,  
Que la faz le escandecían.

»Puesta la rodilla en tierra  
Pedía gimiendo a Dios  
Que si yo finaba en guerra  
Que finásemos los dos.

»Y hacía su oración  
Con suspiros y con lloros  
Guardando mi corazón  
De las lanzas de los moros.

»No esperaba tanta pena  
Ni mereció por castigo  
Que los brazos de Jimena  
Le robasen a Rodrigo.»

«Non curedes vos del duelo  
Que hagan melindrosas dueñas;  
Curad de allanar el suelo  
Que no acata mis enseñas.

»Curad que vuesa loriga,  
Que nunca pudo bollar  
Flecha ni lanza enemiga  
En combate singular,

»De su temple tan seguro  
No venga a desmerecer  
De Zamora bajo el muro  
Por lágrimas de mujer.»

-«Vos sabréis que no falsea  
Los temples de mi armadura

Ni el bote de la pelea  
Ni el ruego de la hermosura.

»Me es ingrata tal misión,  
Pero tanto me afincáis  
Que, infiel a mi corazón,  
Cumpliré lo que mandáis.»

Calló el Cid que reprimía  
Con suspiros el afán,  
Pues al rostro le salía  
Todo el interior volcán.

Veloz como el pensamiento  
Para Zamora partió  
Y cuando al altivo asiento  
De sus murallas llegó

De su corcel los ardores  
Enfrenó y la furia inquieta  
Rogando a los defensores  
No tirasen de saeta;

Que venía de embajada,  
No de guerra ni de engaño,  
Y entonces se le dio entrada  
Sin que recibiera daño.

2

Por la muerte tan sentida  
De su padre don Fernando  
De negro monjil vestida,  
Negro estrado está ocupando

Doña Urraca, cuyos ojos  
Son dos piras de dolor  
A los fúnebres despojos  
De su Rey y su señor.

A su lado con respeto  
Arias Gonzalo se ve,  
Caballero muy discreto,  
Sin par en virtud y fe,

Previsor y derecho,  
De sano consejo y brío,  
Que a nadie quebranta fuero  
Ni traspasa señorío.

Al estrado se adelanta  
El de Vibar con mesura  
Y apenas lo ve la Infanta  
Cuando a limpiar se apresura

Con un finísimo holán  
Las lágrimas indiscretas  
Que por sus mejillas van  
A decir cosas secretas.

Dala el Cid salutación  
Y a don Arias juntamente  
Y expone su comisión  
Añadiendo reverente:

-«Porque yo a mi Rey venero,  
Vine con mensaje tal;  
Las cartas y el mandadero  
Libres son de sufrir mal.»

Atenta escuchó la Infanta  
Y la voz casi añudada  
Desató de su garganta  
Respondiendo a la embajada:

-«Mezquina de mí... ¿qué haré  
Si al rigor de tantos males  
En mi sangre no hallo fe  
Ni piedad en los mortales?»

»¡Rey don Sancho! ¿Qué decoro  
Te has podido prometer  
De dejar en paz al moro  
Por dar guerra a una mujer?»

»¡Rey don Sancho! ¿Qué laureles  
Busca tu furor insano?  
¿Que escarnezan los infieles  
Los dolores del cristiano?»

»¿Que en Toledo Alimaymón

Tenga zambras y festines  
Porque nuestra destrucción  
Le conserva los confines?

»Parar mientes te cumplía  
Que en negra ambición no hay prez,  
Que usurpar es tiranía,  
Que Dios ha de ser tu juez.

»Padeciendo mil destierros  
Alfonso entre infieles mora  
Y a García pones hierro  
Y me pides a Zamora.

»¡Cuitada de mí! ¿qué haré?  
¿Quién me salva, quién me abona,  
Si Rodrigo, a quien amé,  
Me desprecia y abandona?

»No esperaba yo tal pago  
De la vuestra cortesía  
Cuando sin dolor aciago  
Gocé vuestra compañía.

»Yo vuestro dormir guardaba,  
Vuestro amor fue mi contento,  
La vida que respiraba  
Recibí de vuestro aliento;

»Vuestro tálamo quería,  
Feliz me juzgué entre todas  
Y era un cielo de alegría  
La esperanza de mis bodas.

»Mas caí del grato Edén  
De tanto favor y gloria  
En infierno del desdén  
Con mi engaño en la memoria.»

-«Señora, respondió el Cid,  
Como bueno sirvo al Rey  
En las paces y en la lid,  
Que ésta siempre fue mi ley.

»La respuesta me dictad  
Cual os aplazca mejor

Y a otros tiempos reservad  
Querellas de vuestro amor.»

Don Arias alzóse entonces  
Al ver de la Infanta el duelo  
Que ablandaba duros bronces  
Y contestó en su consuelo:

-«La triste experiencia enseña  
Sin misterio y sin arcano  
Que aquel que nos cerca en peña  
no nos quiere dar lo llano.

»Le diréis al que os mandó  
Que hay valientes en Zamora  
Que responden con un no  
Defendiendo a su señora,

»Y que anhelan la ocasión  
De dar de su fe probanza  
Con sangre del corazón  
Uno a uno lanza a lanza;

»Que si piensa intimidarlos  
Con un cerco grave y lento  
Tienen mulos y caballos  
Que les sirvan de alimento

»Y antes que entregar los muros  
Con mengua de sus deberes  
Contra sus entrañas duros  
Comerán a sus mujeres;

»Que doña Urraca desdeña  
Todo cambio con su hermano,  
Que aquel que la cerca en peña  
Mal querrá darla lo llano.»

Mal pagado y satisfecho  
Despidióse el Campeador  
Partiendo a contar el fecho  
A don Sancho su señor.

Sañudo el Rey le escuchaba  
Cuando el caso refería;  
De corazón le pesaba

Tan triste mensajería

Y exclamó: «Mal me pagasteis,  
Que vos amáis a mi hermana  
Pues con ella vos criasteis  
Y a lo que queréis se allana.

»Vos la aconsejasteis mal;  
Debo castigaros, Cid;  
Yo no puedo facer al;  
De mi reino vos salid.»

El Campo dejó Rodrigo  
Respirando enojos fieros  
Y al partir llevó consigo  
Mi doscientos caballeros

Que tenía por vasallos  
Y eran siempre los mejores  
Por sus lanzas y caballos,  
Ardidos y lidiadores.

Al campo nunca volviera  
Si don Sancho, arrepentido  
Por el daño que temiera  
De aquel león ofendido,

Su amistad y compañía  
con sus cartas no pidiése  
Haciendo la pleitesía  
Que más al Cid le pluguiese.

3

En la hueste sitiadora  
Pregónase que aguisados  
Para dar contra Zamora  
Estén todos los soldados.

Lo combaten reciamente  
Por tres noches y tres días;  
No hay ardid que no se invente,  
Se renuevan las porfías.

Las cavas ya quedan llanas,

De cadáveres cubiertas,  
Desplomán las barbacanas,  
Tiemblan las ferradas puertas

Y doblando crudamente  
Sus intrépidos ardores  
Se fieren a manteniendo  
Sitiados y sitiadores.

Tintas de sangre a fondón  
Corren las aguas del Duero,  
Que no hay golpe sin lesión  
Ni amago sin golpe fiero.

Viendo el Rey la lid osada  
Y pérdida lastimera  
De su gente maltratada,  
Mandó se quitase afuera.

A Zamora en derredor  
puso cerco, pues creía  
Que si no cedió al valor  
Por hambre la ganaría.

4

De la ciudad sale huyendo  
Un hombre traidor y malo  
Y le vienen persiguiendo  
Los hijos de don Gonzalo;

Que su padre denostó  
Mancillando su lealtad  
Que al sol que la iluminó  
Disputa su claridad.

Vellido Dolfos se llama  
Y al Rey se acoge por fin,  
sus manos besa y exclama  
Como falsario y malsín:

->Señor, yo dije al concejo  
Que os diese la fortaleza:  
Don Arias, astuto viejo,  
Se me opuso con fiereza

»Y sus hijos me mataran,  
Que tras mí vinieron dos,  
Si en la fuga me alcanzaran  
Antes de acogerme a vos.

»Recibid si anheláis prez  
Al que protección implora,  
Que yo os mostraré tal vez  
Cómo hayades a Zamora.»

El Rey se le mostró grato  
colmándole de bondades  
Y fabló con él gran rato  
De todas sus poridades.

Solos los dos cabalgaron  
Al lucir la nueva aurora  
Y sus cavas registraron  
Y dieron vuelta a Zamora.

Con disfraz de buen amigo  
El mayor de los villanos  
Mostró a don Sancho el postigo  
Que llaman de los Cambranos.

Dijo que al llegar la noche,  
Con algunos caballeros  
Muy fieles y sin reproche  
Armados con sus aceros

Por aquel postigo estrecho  
Que abierto siempre dejaban  
Entraría satisfecho,  
Pues los que de guardia estaban

De hambre y laceria morían  
Y al choque sin hacer frente  
Las puertas les cederían  
Para recibir la gente

Por la ribera del Duero  
Don Sancho se asolazaba,  
Bajó del corcel ligero  
Y un venablo que llevaba

A Dolfos lo quiso dar,  
Pues se apartó por facer  
Lo que no puede excusar  
Ningún hombre ni mujer.

Y Vellido, que lo vio  
Sin defensa en guisa tal,  
El venablo le arrojó  
Con furia tan infernal

Que las espaldas llagando  
Con honda y cruel herida  
Pasó el tronco y fue buscando  
Por los pechos la salida.

El traidor riendas volvió  
Con las atrevidas manos  
Y al postigo cabalgó  
Que llaman de los Cambranos.

Viéndolo escapar el Cid  
Sospechó su alevosía:  
Temió algún infausto ardid  
Contra el Rey a quien servía

Y su caballo pidió,  
Pidió lanza y se la dan;  
Mas la espuela no calzó  
Con la prisa y el afán.

Alongósele el traidor  
Aguijando su corcel  
Y exclamó el Campeador  
Con ansia y dolor crüel:

«Este día es el primero  
Que dejó de estar en vela;  
¡Maldito es el caballero  
Que cabalga sin espuela!»

5

¡Río Duero! Tú murmuras,  
Tus aguas van acrecidas,  
Tus flores bellas y puras

Están mustias y caídas.

Ya mezclaste en tu raudal  
Sangre que vertió el valor  
Y hoy recibe tu cristal  
Las lágrimas del dolor.

Hoy lloran los castellanos  
De su Rey la infausta suerte  
Culpando a los zamoranos  
De tan alevosa muerte.

Tus aguas turbias se ven:  
Das murmullo lastimero,  
Que tal vez lloras también,  
Río Duero, río Duero.

De Zamora al pie del muro  
Don Diego Ordóñez de Lara  
Después que pidió seguro  
Adargándose la cara

Dijo a Gonzalo y sus hijos  
Que en las almenas estaban  
Y que con los ojos fijos  
Muy atentos le observaban:

-«Los de Castilla han perdido  
A su Rey y su señor:  
Matóle Dolfos Vellido,  
Matóle como traidor

»Y en la villa le acogisteis  
Y a Dios pongo por testigo  
Que traidores también fuisteis  
Y por ende vos lo digo;

»Que de traición sabéis  
Y traición consentís  
Y al traidor que conocéis  
En los muertos encubris.

»Por tan gran maldad y tuerto  
Yo riepto a los de Zamora  
Tanto al vivo como al muerto  
Y al que ha de nacer agora.

»Riepto a cuantos ahí fueren  
De toda edad y destino,  
Riepto el agua que bebieren,  
Riéptoles el pan y el vino.

»Y si alguno se opusiere  
Negando mi razonar  
Cómo y cuando le pluguiere  
Se lo tengo de lidiar.»

Don Arias le respondió:  
-«No hubiera de ser nacido  
Si cual tú dices soy yo;  
Mas no rieptas de entendido,

»Pues no han culpa los pequeños  
De lo que los grandes hacen  
Ni los muertos en sus sueños  
Ni aquellos que agora nacen.

»Que mientes yo te lo digo  
Y miente quien te apoyare  
Y yo lidiaré contigo  
O te daré quien lidiare.»

Esto dijo el buen anciano  
Y a la lid se preparaba,  
Que aunque su cabello cano  
Su cabeza plateaba,

De molesta senectud  
Non curó las graves penas  
Y el fuego de juventud  
Se encendió en heladas venas.

## DON ALFONSO Y LA HERMOSA ZAIDA

Con viento murmurador  
La noche obscura cerraba  
Cuando en busca de su amor  
Don Alfonso cabalgaba  
Con el Cid campeador.

Monta el rey un alazán  
Cuyas crines prolongadas  
Parece que a besar van  
Las estriberas doradas  
Do los regios pies están.

Lleva en la cuja la lanza  
Y el escudo en el arzón  
Y a medio galope avanza,  
Que inquietan su corazón  
El amor y la esperanza.

Gobierna un caballo el Cid  
Tan veloz como el deseo,  
Digno del noble adalid,  
Tan galán en el paseo  
Como feroz en la lid.

Por él Aliatar daría.  
Para lucirse en el coso  
No sólo su yegua pía,  
Que es un animal brioso,  
Sino también su alcaidía.

Lleva pretal de cadena  
De malla los paramentos,  
Su ferrado casco suena,  
Bebe los helados vientos  
Y ellos rizan su melena.

De una labor peregrina  
Viste el gallardo jinete  
Delicada jacerina  
Y un airón sobre el almete  
Con plumas gualdas se inclina.

Tiene la lanza enristrada,  
Lanza de filos certeros,  
Porque teme una celada,  
Pues los moros son arteros  
Y la noche va enlutada.

Junto a Ocaña, hermosa villa,  
Dio la cita en un vergel  
Al Rey noble de Castina  
La Zaida, que es hija fiel

Del rey moro de Sevilla.

Es muy garrida la mora,  
Con los labios de coral,  
De una tez que se colora,  
De alto seno virginal  
Que si suspira enamora.

Rodea sus sienes bellas  
Un almaizar turquí  
Sembrado todo de estrellas  
Y en cada estrella un rubí  
Que da brillo en medio de ellas.

Delicado faldellín  
Se desprende hasta su pie  
Prisionero de un chapín  
Que guarnecido se ve  
De perlas de Comorín.

La marlota es de brocado  
Con galana pedrería  
Y el apretador leonado  
De costosa argentería  
Cada extremo recamado.

Con Rodrigo de Vivar  
Llega el Monarca dichoso  
Al encantado lugar  
Y con ademán brioso  
Descabalgan a la par.

Y mientras al tronco atados  
Con rienda corta y segura  
Los corceles regalados  
Muerden la corteza dura  
De dos sauces inclinados,

Conducidos de un doncel  
Al retrete de la dama  
Cruzan el ancho vergel  
El Rey que en amor se inflama  
Y el Cid que le sigue fiel.

Zayda recibe a su amado:  
Sus ojos en tal momento

Viendo al Rey tan fatigado,  
Llenos de agradecimiento  
Con rubor se han humillado.

El retrete los jazmines  
Respiraba y los amores,  
Edén de los serafines  
Con hermosos miradores  
A los plácidos jardines.

Tiene marfiles labrados,  
Alcatifas, otomanas,  
Pebeteros delicados,  
Sedas, muselinas, granas,  
Ámbar, perlas y brocados.

¡Cuánto amor allí escuchó  
La noche que se acababa!  
¡Cuántos suspiros llevó  
La brisa que refrescaba  
Y en las rosas los dejó...!

Al despedirse dijera  
Don Alfonso al Cid. -«Catad  
»Que Zayda es muy hechicera,  
»Yo la hago reina en verdad  
»Como ser mi esposa quiera.»

Rodrigo le respondió:  
-«¿Qué han de decir los prelados?  
»Si Zayda mora nació  
»Non podéis ser ayuntados  
»Ca la ley lo prohibió.»

Repuso el, Rey: -«Lo veremos;  
»Todo lo puede el amor:  
»Cristiana la tornaremos  
»Y se llamará Leonor...;  
»Pero es tarde, cabalguemos.»

## CEREMONIAL CABALLERESCO

De este modo habla el Cid  
Con Ordoño, que desea

Ser armado caballero  
Y acabar grandes empresas:

«Veladas serán las armas  
»Por vos una noche entera,  
»Que a tan noble profesión  
»Da principio estar de vela:

»Velaréis en lugar santo,  
Porque la mayor defensa  
De cristianos caballeros  
Son las armas de la iglesia:

»Colgaréis en un altar  
»Todo el arnés con sus piezas,  
»A saber: el bacinete  
»Con guardapapo y babera,

»Los fuertes espaldarones,  
»Los bracerales y hombreras  
»Junto con los pancerales  
»Y grebones de las piernas,

»Sin que os olvidéis, doncel,  
»Ni de los corvales de ellas  
»Ni de la bruñida espada,  
»Ni de la dorada espuela.

»Brillando la hermosa luz  
»Al templo el obispo venga  
»Con calojos y arciprestes  
»Vestidos de ricas sedas;

»Ca debe dar bendición  
»A las armaduras vuestras,  
»Decir misa, comulgarvos  
»Y después de esta hacienda

»Con el su santo misal  
»Daros en última oferta  
»Retorno de bendiciones  
»Que son celestiales prendas.

»En seguida a mi me toca  
»Fablaros de esta manera:  
»Doncel, escuchad qué cosa

»La caballería sea.

»La caballería dice

»Lustre, honor, lauro, nobleza;

»Home noble no hace tuerto

»Ni de burlas, ni de veras.

»Jurad cumplir y guardar

»Estos votos y promesas:

»Que amaredes al gran Dios

»Que nos cría y nos conserva,

»Que su ley no negaredes

»Y que moriréis en ella,

»Que a vuestro rey serviréis

»Y al que en pos derecho tenga,

»Que non llevaredes sueldo,

»Sin pedirle la licencia,

»De otro rey ni de home rico

»De otra bandería o secta:

»Que cuando fallado fuereis

»En las lides y en las bregas

»Antes que fuyades vos

»Fincaréis muerto en la tierra;

»Que seades el amparo

»De las viudas y doncellas

»Y de injustas demasías

»Las venguéis a viva fuerza;

»Que en los vuestos razonares

»Non mostredes la soberbia

»Porque ser bien medrados

»Es cosa que mejor sienta:

»Que a sacerdotes y ancianos

»Les catedes reverencia,

»Que a nadie retéis a tuerto,

»Que eso villanía fuera.

»Otrosí: que en las tres Pascuas

»Comulguéis en las iglesias

»Confesando los pecados

»Con propósito de enmienda.

»Vos lo Juraréis cumplir  
»Sin faltar coma ni letra,  
»Yo vos vestiré las armas  
»Ya bendecidas y nuevas

»Y al darvos la pescozada  
»Después de la espada puesta  
»Vos, a guisa de vengarvos,  
»Contra mí tiraréis de ella.»

De este modo fabló el Cid  
Con Ordoño, que desea  
Ser armado caballero  
Y acabar grandes empresas.

#### LEYENDA DEL CID

Non oléis a almizcle...

Por esposas han pedido  
Los Infantes de Carrión  
Las buenas hijas del Cid  
Que es el gran batallador.

En Valencia, en aquel templo  
Que al principio se llamó  
«María de las Virtudes»  
Y es de San Esteban hoy,

De Gerónimo el obispo  
Recibieron bendición  
Con don Diego y don Fernando  
Doña Elvira y doña Sol.

Tuvo pláticas frecuentes  
El Cid y en sus yernos vio  
Con costumbres amenguadas  
Insufrible presunción.

Pasados dos años fueron  
Cuando el rey Búcar llegó  
Con mil fustas por la mar  
Tremolando su pendón:

Que su hermano fue vencido  
Y si del cristiano huyó  
Con más pausa le mataron  
Los puñales del dolor:

Ha jurado por Mahoma  
Guerra y esterminio atroz  
Contra el suelo de las flores  
Y Rui Díaz su Señor.

Con la nueva de la flota,  
Con ricos hombres de pro  
Hubo consejo el buen Cid  
Cómo haberse en tal sazón

Y en su escaño de marfil,  
De riquísima labor,  
Que fue de Juñes Rey Moro,  
Muy tranquilo se adurmió.

En la misma sala estaban  
Los infantes de Carrión  
Y con juego de ajedrez  
Se entretenían los dos;

Cuando de Improviso vieron  
Delante de sí un león  
Que por descuido del guarda  
De su jaula se soltó.

Los que el juego presenciaban  
Con impávido valor  
Luego embrazaron sus mantos  
Y del Cid en derredor

Sendas espadas sacaron  
Que la fiera respetó,  
Deslumbrada por encanto  
De su súbito fulgor.

Turbáronse los infantes;  
Don Diego se colocó  
Bajo el escaño del Cid  
Con un pánico terror:

Por los largos corredores  
Fernando se fue veloz  
Y al corral de las basuras  
Confuso asaz se arrojó.

Dispertóse con los gritos  
Y bulla el Campeador  
Y viendo ante sí la fiera  
Diole una terrible voz:

Del cerro de su pescuezo  
Prontamente la tomó  
Y encerrada se la deja  
De la jaula en la prisión.

Al punto a Fernán González  
A su presencia llamó  
Y le dijo: Recobraos,  
Non saltéis otra vez, no:

Procurad tener, mi yerno,  
Más fuego en el corazón;  
Non fuyáis, que aquesta vez  
Non oléis a almizcle vos.

#### A MÁS MOROS, MÁS GANANCIA

De todo bastecimiento  
Valencia se proveyó,  
Juntamente sus castillos  
Que Játiva y Chelva son

Con Peñáguila y Paterna  
Y Murviedro, que es mejor  
Por sus aguerridas huestes  
Y elevada situación.

En la llanura de Cuarte  
Sus Reales asentó  
El moro Búcar, sus tiendas  
Y su regio pabellón.

A la torre del alcázar  
A Jimena el Cid subió,

La que viendo tantas tiendas  
De tal lujo y tal valor,

Tantos corceles de guerra,  
Tanto jinete y peón,  
Abatida en su flaqueza  
Daba indicios de temor;

Hasta que esforzóla el Cid  
Y en esta guisa le habló:  
Cuantos más moros veáis,  
Más ganancia tengo yo.

Contra la chusma de Agar,  
Brillando el primer albor,  
Puesto el rendaje a Babieca  
El noble Cid cabalgó

Y en las impuras mesnadas  
Puso tanta confusión,  
Hizo brillar su tizona  
Y tan gran rebato dio,

Que doce mil fueron muertos  
Y se vieron en prisión  
Diez y siete Reyes moros;  
Solo Búcar se salvó.

Después de tan fausta empresa,  
Los infantes de Carrión  
Que hubieron coraje al Cid,  
Pues juzgaron que amañó

Por mengua y oprobio suyos  
Aquel paso del león,  
Partieron con sus mujeres  
Y ciegos en su furor

Las azotaron vilmente  
Con bárbara indignación  
En los Robledos de Torpes,  
(Nombre que el desmán dictó).

Por pena del desacato  
Diéronse a confiscación  
Los bienes de los infantes

Y don Alonso mandó

Que el conde de Portugal  
Y el de Tolosa, en unión  
Con los grandes de Castilla,  
Castigasen tal baldón.

Por ende se hizo el cantar  
Que en este modo empezó:  
«Tres Cortes hace el buen Rey»,  
«Todas tres a una sazón.»

## VENCEDOR DESPUÉS DE MUERTO

.....

Un lustro gozara el Cid  
De sus lauros el honor.  
Ocupando su vejez  
En servir y orar a Dios:

Entonces le fueron nuevas  
De la grande expedición  
De treinta y seis Reyes moros  
Que el Rey Búcar preparó.

Estuvo el Cid muchos días,  
Entendiendo en oración  
Y en visitar los altares  
Con muchísimo fervor:

Calenturas le postraron  
Y en ellas solo tomó  
Mirra con agua rosada  
Y un bálsamo que por don

Le remitiera el Soldán  
Cuando el bélico rumor  
De sus hechos y proezas  
Por Egipto se esparció.

Consolado con los gustos  
De una angélica visión  
Cumplió el plazo de sus días

Y en su palacio espiró.

No se hizo llanto alguno  
Ni triste demostración  
Porque lo ignorase el moro  
Que a la ciudad cerco dio.

Guardias y velas le hacían  
Como vivo a su Señor  
Los caballeros cristianos  
En su cámara y salón.

Pasados seis días fueron  
Y cuando el alba rayó  
Salieron los de Valencia  
Con sus haces en unión.

Iba el cuerpo del buen Cid  
Con tal arte que admiró:  
Muy religado a la silla  
Encima de su trotón:

Con papeles plateados  
La armadura se fingió;  
Iba enhiesto, ojos abiertos,  
Llevaba lanza y guión.

Con la bandera del Cid  
Pero Bermúdez llevó  
La primer haz esforzada  
Y de ella marchan en pos

Acémilas con fardaje  
Y un magnífico escuadrón  
De quinientos caballeros,  
Todos de fama y valor:

Seguía doña Jimena  
Que adolorida lloró,  
Con guerreros de alto nombre  
Que eran la nata y la flor.

El cuerpo del noble Cid  
La postrer haz resguardó  
Y a su lado iba el obispo  
Como buen padre y pastor.

Por la puerta de Roceros  
Salieron y cual turbi6n  
Dieron contra la morisma  
Y un gran triunfo se logró:

Pasaron luego a Castina,  
Llevando con devoci6n  
A San Pedro de Cardeña  
El cuerpo del Campeador.

Del cual se dijo esta vez  
Con muchísima raz6n  
Que venció después de muerto,  
Vivo y muerto vencedor.

FERNÁN RUIZ DE CASTRO

1

«Dímelo todo, Fortún,  
»No me ocultes mi bald6n,  
»Pues me anuncia el coraz6n  
»Que algo me callas aún.

«Siempre fiel te conocí;  
»Yo te premiaré el afán  
»Con el tostado alazán  
»Que tanto te gusta: dí.»

-«En vuestra ausencia, se6or,  
»De noche me puse en vela,  
»Vigilante centinela  
»De pechos al corredor.

»Iba la noche a su fin  
»Y pude reconocer  
»Que bajaba una mujer  
»De la cámara al jardín.

»Salió un hombre de un laurel  
»Y se encontraron los dos...»  
-«Dime pronto, vive Dios,

»Quién es ella, quién es él.

-»Desconocidos me son;  
»Mas vuestro furor me acosa...  
»Tal vez fuera vuestra esposa,  
»Pues vislumbre su pellón.»

-«¡Oh, cielos! ¡Estefanía  
»Pudo hacer tal maleficio!  
»¡Manchase con feo vicio  
»La que llamo esposa mía!

»¡Hija del Emperador,  
»Mancillar con torpe llama  
»Los timbres de tanta fama,  
»Los timbres de tanto honor!

»¡Ah, Fortún! Yo fui indiscreto:  
»De árbol malo, malas ramas;  
»Yo conozco que tú me amas,  
»Te confiaré un secreto.

»Doña Sancha fue tan bella  
»Que Alonso, que es nuestro rey,  
»Sin respetos a la ley  
»Quiso ayuntarse con ella.

»De doña Sancha el hermano  
»Que llamaban don Martín  
»Se opuso con recto fin  
»A un amor que era liviano:

»Mas Sancha, que se indignó  
»Por la oposición que hacía,  
»Comiendo con él un día  
»Dióle yerbas, lo mató.

»Se entregó al Rey con tal mancha;  
»Al Rey le apuntaba el bozo  
»Y con el furor de mozo  
»Disfrutó de doña Sancha.

»De esta unión nació en mal día  
»La que, para mi tormento,  
»Me cupo a mí en casamiento  
»Que se llama Estefanía.

»¡Ah, Fortún! Yo fui indiscreto:  
»De árbol malo, malas ramas;  
»Mas supuesto que tú me amas  
»Guárdame bien el secreto.

»Voy a fingir un viaje,  
»Mas seré tan buen testigo  
»Que me esconderé contigo  
»Del jardín en un paraje.

»Y cuando se hallen los dos  
»Prodigándose ternezas  
»Salgo yo de las malezas  
»Y los mato, vive Dios.

»¿Qué te parece mi plan?  
»¿Debemos llevarlo a cabo?»  
-«Señor, yo soy vuestro esclavo.»  
-«Te regalo el alazán.»

Así, nacido en mal astro,  
Por retirado sendero  
Hablabá con su escudero  
Don Fernán Ruiz de Castro.

2

Sombrías las noches son,  
Sombríos los duros celos,  
Unas y otros llevan velos  
Del más fúnebre crespón.

No es ajeno de reproches,  
Es locura de locuras  
Andar un celoso a oscuras  
Dando sombras a las noches;

Que en la oscuridad y horror  
Poner juntas sombras tantas  
Es aventurar las plantas  
En el caos del error.

Envueltos en su gabán  
Tras los mirtos y la hiedra

Que en torno de un sauce medra  
Callan Fortún y Fernán.

Inmóviles los dos así  
Van reprimiendo su aliento,  
Como si pudiese el viento  
Declarar que están allí.

Desde aquel paraje oculto  
Como fieras en cubil  
Con la astucia más sutil  
Sobre el muro ven un bulto:

Y es un apuesto doncel,  
Doncel que el muro ha salvado  
Y al jardín se ha descolgado  
Por el tronco de un laurel.

No tarda en aparecer  
Otro bulto más allá:  
Cercano a la puerta está  
Y ese bulto es de mujer.

Sin que su unión se dilate,  
Los dos bultos por detrás  
Forman un bulto no más  
Junto al aromoso arriate.

-«¡Fortún! -exclamó el de Castro-  
»Velos allí: vamos ya,  
»Que mi sangre hirviendo está;  
»Vamos sin perder el rastro.

»No hay duda, es Estefanía:  
»Yo distinguí su pellote:  
»Mi puñal será su azote;  
»Mueran a mi furia impía.»

Dice y como tigre hambriento  
Con ayuno de dos días,  
Que de las matas bravías  
Cuando salta, hiende el viento,

Que a sus presas ataraza,  
Bebe sangre en sus enojos  
Y hechos brasas ambos ojos

Hiere, rasga, despedaza:

Se arroja al punto Fernán  
Con el puñal matador  
Que refleja su furor  
Sobre el nocturno galán.

En sus entrañas con brío  
Hundió el acero inclemente,  
Que entró en sus entrañas frío  
Y de ellas salió caliente.

Dos veces brilló desnudo,  
Que a las tres perdió el fulgor  
Porque de rojo color  
Vestirlo la sangre pudo;

Y con las ansias mortales  
Buscó el alma una salida  
Que la halló bien prevenida  
Por tres puertas casi iguales.

Murió en verde lozanía,  
Que a la muerte no hay quien calme:  
No pudo decir ¡Dios, valme!  
Y en la lengua lo tenía.

Mas la mujer, triste, incierta  
Con el susto de tal caso,  
Fuese huyendo a largo paso  
Salvando jardín y puerta.

Jadeando por demás  
Subía los escalones  
Y se perdió en los salones  
Sin volver la vista atrás.

Fortún fue en su seguimiento  
Para cumplir su venganza;  
Dirigióse sin tardanza  
De su esposa al aposento.

Su primer sueño dormía  
Con un tierno infante al lado,  
Sin zozobra ni cuidado,  
La inocente Estefanía.

Mas de nada le sirvió  
Contra bárbaros furores  
Tener un ángel de amores,  
Que el ángel también durmió.

¡Infeliz! ¡Nítida estrella  
Y en tan mal hora dormida!  
¡Que no ves al homicida  
Ni él te puede mirar bella

Para detener su brazo  
Y cambiar sus sinrazones,  
Hecho esclavo en tus prisiones,  
En un ósculo y abrazo!

¡Infeliz! ¡fuerza es sucumbas...!  
¡Clavado tu hermoso pecho,  
Desde el sueño de tu lecho  
Vas al sueño de las tumbas!

De la noche en el capuz  
Se oculta tal atentado;  
Mas, hecho tan mal recado,  
Fernán es quien pide luz:

Y la luz vino a alumbrar  
La escena de graves duelos:  
Los errores de los celos,  
La injuria de sospechar,

La muerte injusta y mal dada,  
El sueño de un serafín  
Y por complemento y fin  
La maldad de una criada.

Sobre un tálamo de cedro  
Con soberbia colgadura  
Yace yerta la hermosura  
Y a su lado el niño Pedro.

Duerme el ángel inocente,  
Todo de jazmín nevado,  
Pero que está salpicado  
Con la púrpura reciente

Que destila la honda herida  
De aquel cariñoso seno  
Que, al estar de vida lleno,  
Vivió para darle vida.

Cabe el lecho, en un rincón,  
Una mujer malhadada  
Llora y gime, arrebuja  
De su dueña en el pellón.

Confiesa su demasía,  
Sus citas y travesura  
De tomar la vestidura  
De la pobre Estefanía.

Tan desastrado suceso  
Llora Fernán imprudente,  
Se da golpes en la frente,  
Parece perder el seso.

Por la cámara vagaba  
Con el pie desacertado,  
Con el cabello mesado  
Y a las veces exclamaba:

-«Sombrías las noches son,  
»Sombríos los duros celos;  
»Unas y otros llevan velos  
»Del más fúnebre crespón.

»No es ajeno de reproches,  
»Es locura de locuras  
»Andar un celoso a oscuras  
»Dando sombras a las noches.

»Que en la oscuridad y horror  
»Poner juntas sombras tantas  
»Es aventurar las plantas  
»En el caos del error.»

3

Una soga lleva al cuello  
Y por vestido un sayal,  
Y en las manos el puñal

Que a sus iras puso el sello.

De este modo se presenta  
Fernán al Emperador,  
Llena el alma de dolor  
Y el cuerpo lleno de afrenta.

-«Señor -dijo-, fui casado  
»Con vuestra hija Estefanía,  
»Dueña de tanta valía  
»Cuanto yo necio y menguado:

»En su lecho y en reposo  
»Torpemente la maté  
»Por los celos que tomé:  
»Yo me doy por alevoso.»

Y luego fue refiriendo  
De aquel caso la extrañeza  
Y Alonso lloró gran pieza  
De esta suerte respondiendo:

-«Por bueno os doy el de Castro;  
»Mas llenáis mi corazón  
»De luto y desolación,  
»Que habéis nacido en mal astro.

»Perezca en las llamas luego  
»La que causó tanto llanto,  
»La que vistió ajeno manto,  
»La que en vos prendió ese fuego.

»Yo os doy por bueno y leal,  
»Que siempre lo fuisteis vos;  
»Quiera perdonaros Dios,  
»Ya que no habéis culpa, el mal.»

4

De entonces al matador  
Negra sombra perseguía:  
La sombra de Estefanía,  
De ensangrentado color.

Por la tierra y por los mares

Esa fantasma cruel  
No se separaba de él,  
Pegada a los calcañares:

Que allí siempre la tenía,  
Pues tras si la vislumbraba  
Queda, cuando quedo estaba,  
Corriendo, cuando corría.

Sin poder sufrirla más,  
Se volvía, por sentir  
Si dejaba de seguir,  
Mas siempre le iba detrás.

Probaba tirarse al suelo  
Por ver si la estrujaría,  
Mas la sombra se tenía  
Sobre su faz como un velo:

Que en el lecho y en la mesa  
Y en la lid le acompañó  
Y cuando Fernán murió  
Se hundió con él en la huesa.

## EL ABAD DUNCANIO

Ved cómo perdió su alma.

Mientras el siglo trece concluía  
Y sus alas ya lánguidas movía,  
En Liebenthál, que yace en la Silesia,  
Escombros se veían de una iglesia.  
La cruz ya no existía en su fachada  
De parduzco color, desmoronada,  
Y sus piedras saltaban con estruendo  
El tránsito a las gentes obstruyendo:  
De noche ni el pastor, ni el caminante  
Guiaban a este sitio el paso errante,  
Pues sentían pavor almas medrosas  
No sé por qué señales prodigiosas.  
Nosotros a contar vamos su historia  
Que antiguo cronicón dejó en memoria.

En el año de mil ciento y cincuenta

Con ocho más, por completar la cuenta,  
Muy santamente en Liebenthál moraba  
Un abad que Duncanio se llamaba.  
Con tal fervor y celo dirigía  
Los súbditos o monjes que tenía,  
Que era la imagen de un pastor perfecto:  
Consolador, veraz, sincero y recto,  
Pronto a sacrificarse sin dar quejas  
Por el rebaño fiel de sus ovejas.  
Venían a su iglesia los devotos  
A rendir sus ofrendas y sus votos,  
A consultar sus dudas y sus males,  
A implorar los auxilios celestiales  
Y a recibir su bendición sagrada  
Con aquella humildad que a Dios agrada.  
De San Florencio honraban juntamente  
Las reliquias, guardadas ricamente  
En una caja de luciente plata  
Do sus primores el cincel retrata.  
Era tan grande, en fin, la concurrencia  
Que, por público bien y conveniencia,  
Fue preciso alzar tiendas y cabañas  
Do gentes de regiones muy extrañas  
Descansasen de larga romería  
Alrededor del templo y abadía.

En una tarde de diciembre frío,  
Silbando el viento con sonoro brío,  
Después de los oficios, ya cansado  
Del trabajo apostólico y sagrado,  
El abad a su celda caminaba  
Para gozar la dulce paz que amaba,  
Cuando en la nave solitaria y triste  
Vio un peregrino que de negro viste.  
Este hombre negro que causaba espanto  
No quería salir del templo santo  
Por más que los conversos que asistían  
Arrancarle del sitio pretendían.

Pretestaba tener un gran secreto  
Que fiar al Abad, varón discreto;  
Mas como demostraba el peregrino  
Ser un vasallo mísero y mezquino,  
Y abrazó una columna de la nave,  
Los conversos le hacían fuerza grave  
Y todos los esfuerzos fueron vanos

Para desenganchar sus duras manos.  
Viendo tenacidad tan atrevida  
Y aquella resistencia desmedida,  
Dijo el Abad que libre le dejaran  
Y al instante a su celda le llevaran.

Luego que allí llegó, dijo el prelado  
Revistiendo su faz de un dulce agrado:  
-«Hablarme habéis pedido, hermano mío,  
¿Por qué no habéis usado el medio pío  
De santa confesión para escucharme  
Y todo vuestro afán comunicarme,  
Como suelen hacer los peregrinos  
Que se llegan aquí por mil caminos?»  
El hombre negro respondió al momento:  
-«Yo como hermano tuyo no me cuento:  
Yo nunca me confieso, y hago alarde,  
Nunca me dejo ver sino de tarde.»  
-«Si es así -respondió Duncanio triste-,

La piedad de mi Dios ya no te asiste:  
Te compadezco yo, no te maldigo;  
No te deseo mal, pero te digo  
Que delante de Dios no existe cosa  
Más indigna, más sucia y asquerosa  
Que un pecador que sigue impenitente  
Alzando altivo su execrable frente.»  
-«Yo no sé -le repuso el peregrino-,  
No puedo comprender y no adivino  
Lo que quieren decir las voces tales  
De bendecir y maldecir los males.

Una palabra sé que es más hermosa,  
Reina de todas, grande, prodigiosa,  
Y es poder (posse). Si es de tu contento  
Te la puedo enseñar en un momento.»  
-«¿Y qué queréis decirme tan conciso?»  
-«Escucha, pues, Abad. ¿Será preciso  
Para que tú me entiendas claramente  
Que yo abandone el hábito aparente  
Y esta forma ridícula y humana?  
¿Que me muestre con pompa soberana  
Tal cual soy en mi reino y fortaleza,  
Con corona de rey en la cabeza,  
Alas en las espaldas anchurosas  
Y tridente en las manos vigorosas?»

-«¿Qué me queréis decir con cosas tales?»  
-«Mira y contempla, pues, estas señales.»

.....  
En lugar del mendigo y peregrino  
Con su bordón y traje de camino,  
Vio el Abad ante sí con gran espanto  
Al príncipe del reino del quebranto,  
Al infernal espíritu de abismo  
Comparable en horror sólo a sí mismo.

Su primer movimiento de impaciencia  
Fue apartar a Satán de su presencia  
Con un signo de cruz; la furia impía  
Deteniéndole el brazo le decía:  
-«¡Pobre Abad! ¿Qué has sacado hasta el presente  
De tu vida reclusa y penitente?  
¿Y de domar tu carne contra el vicio  
Con tanto ayuno, privación, cilicio?  
¿De rogar a tu Dios, que es tan ingrato  
Que anhela sólo que te des mal rato?  
¿De tanto como niegas y te inclinas?  
¿De dar sangre a feroces disciplinas?  
¿Te ha servido, infeliz, lo que yo cuento  
De hacer algún milagro, algún portentoso?»

Muy al revés ha sido, temerario:  
Yo, que soy de tu culto el más contrario,  
Ha meses que en tu celda me mantengo  
Y bajo de tu cama abrigo tengo;  
Yo te inspiro continuas tentaciones,  
Deseos, apetitos, sugerencias;  
Interrumpo tu paz de noche y día  
Y retrato en tu ardiente fantasía  
Mujeres lindas y festivas danzas  
Que son cebo de dulces esperanzas.  
Eso en suma, Duncanio, te ha valido  
Tu fervor grande por tu Dios querido.  
Agora yo, por quien no has hecho nada,  
Te ofrezco facultad ilimitada  
De trastornar el curso y ligereza,  
Orden y fin de la naturaleza.

Si me obedeces, a tu voz temida  
El mundo dará horrenda sacudida,  
Se abrirán las más hondas catacumbas,  
Los muertos hablarán desde sus tumbas,

Se eclipsará la luz del firmamento,  
La luna vestirá color sangriento,  
Producirá sin fin la madre tierra  
Frutos de paz o chispas de la guerra  
Y el mar, las tempestades y los vientos  
Sumisos estarán a tus acentos.  
Más aún: los magnates y los reyes  
Recibirán tus órdenes y leyes,  
De un dulce amor infundirás las llamas  
Dentro del corazón de nobles damas  
Y los más orgullosos palaciegos  
De tu privanza se valdrán con ruegos.

En los encuentros y famosas lides  
Victorioso serás como un Alcides  
Y tu caballo con feroz dominio  
Do quier sembrará muerte y esterminio;  
Y no quiero interés, con él no cuento  
Para recompensar mi ofrecimiento.  
Creer no quieras que te pido el alma  
Como debido galardón y palma;  
Quiero sacarte de tan triste estado,  
Darte lugar sublime y elevado,  
Porque conozco en ti más grande aliento  
Que para regir frailes de un convento.»

Duncanio estaba atónito y pasmado  
Sin saber qué decir en tal cuidado.  
-«Toma -dijo Satán-, no estés inquieto,  
Toma este libro y usa su secreto:  
Tiene una virtud mágica que brilla;  
Deja ya tu sayal y tu capilla,  
Deja tristezas y fervor profundo  
Y conoce las glorias de este mundo.»  
Huyó el domonio al punto y el prelado  
Halló a sus pies un libro colorado.

¿Qué volumen sería aquel tan malo,  
Dado por el Infierno de regalo?  
Sin duda que aquel libro provendría  
De diabólica y negra librería.  
En sus páginas rojas e inflamadas  
Se verían blasfemias retratadas,  
Sarcasmos contra Dios, contra sus santos,  
Sortilegios y cifras con encantos.  
Estas ideas el Abad formaba

Y de sus pies el libro retiraba:  
Mas poco a poco su pavor perdiendo  
Lo levantó del suelo y fue leyendo.

Todos los caracteres se alumbraron,  
Todos como relámpagos brillaron  
Y así como Duncanio pronunciaba  
Sílabas de una magia que ignoraba  
Mil figuras fantásticas y extrañas,  
Formas desconocidas y alimañas  
De su celda en los ámbitos bullían  
Y en la lisa pared aparecían  
Castillos encantados y armaduras,  
Y pajes, y soldados, y hermosuras,  
Combates y palacios de oro fino  
Y otras cosas que dijo el peregrino.

Unos genios después aparecieron  
Delante del Abad que le dijeron:  
-«Ordénanos, Duncanio, cuanto quieras;  
Prontos estamos todos. ¿A qué esperas?  
Con la menor señal o movimiento  
Indícanos no más tu ordenamiento  
Y verás cosas grandes, inauditas,  
Que historiador ninguno dejó escritas.»

El prelado, algún tanto satisfecho,  
Se dijo para sí: «Vamos al hecho.  
Una vez que del alma no aventuro  
La salud eternal y estoy seguro,  
Valgámonos del libro misterioso  
Para gloria del Todopoderoso;  
A Luzbel con sus armas persigamos  
Siendo buenas las cosas que ordenamos  
Y el padre de mentira y de pecado  
Vencido sea por el que es tentado.»

Luego que pensó así, con grande arrojo  
Abrió de par en par el libro rojo  
Y vuelto a los fantasmas y visiones  
Pronunció de tal modo sus razones:  
-«Espíritu de grandes edificios  
Que fabricando rindes tus servicios:  
En nombre del demonio que es tu dueño  
Ven a prestarme un pronto desempeño.»  
-«Aquí estoy -respondió un acento fiero-.

Tus órdenes, Duncanio, sólo espero.»  
-«Acabe tu vigor y tu energía  
La imperfecta pared de la abadía  
Que no se concluyó, cual yo anhelaba,  
Porque nuestro dinero escaseaba.»

Se oyó al punto un estrépito sonoro  
De demonios cantando en grave coro  
Y todos levantaron raudo vuelo  
A trabajar con el mayor desvelo.  
El edificio apareció acabado,  
Muy sólido, vistoso y adornado  
De columnas de mármol y primores  
De ojivas con sus vidrios de colores,  
Y en la pared esta inscripción estaba  
Que con letras de adorno resaltaba:  
De Duncanio a la voz omnipotente  
Se acabó este edificio sorprendente.

La fama de tan célebre portento  
Corrió por toda Europa en un momento.  
Cual río caudaloso que avasalla  
Sin respetar obstáculos ni valla.  
Aclamado el Abad por hombre santo  
Se complacía y recreaba tanto,  
Que en su pecho nacieron vanidades  
Que dieron al través con sus bondades.  
Se llenó de soberbia y de locura,  
Principio que los males apresura  
Y si no le alababan con frecuencia  
Perdía de repente la paciencia.

Por el contrario, si una dama altiva  
Con una esplendorosa comitiva  
O paladines nobles y afamados  
Con séquito de pajes y criados  
Venían a ofrecerle su respeto,  
Mostrábase muy plácido y discreto  
Y todos su sentidos y potencias  
Se bañaban en ámbar y esencias.  
Sin embargo, no osó ni por antojo  
Tocar alguna vez el libro rojo,  
Libro todo de magia, libro malo  
Que le envió el Infierno por regalo  
En el año de mil ciento y cincuenta  
Con ocho más, por completar la cuenta.

Brilló una luz en que un señor vecino,  
Por aumentar su rango y su destino  
O porque en tanta paz no halló provecho  
O por tener mal humorado el pecho,  
Pidió su casco y su trotón lozano,  
Armó de lanza su robusta mano,  
Llamó sus tropas y tenaz y terco  
A Liebenthál se vino a poner cerco.  
Según costumbre entonces practicada  
Tomó el Abad Duncanio su celada,  
Vistió una lucidísima armadura,  
Convocó sus mesnadas con premura  
Y se puso, exhortando a sus vasallos,  
Al frente de peones y caballos.

Hicieron los sitiados su salida  
Y a pesar de su fuerte arremetida,  
Huían en desorden rechazados  
Sin oír a sus jefes esforzados,  
Cuando el Abad de su corcel se baja  
Y a todo fugitivo el paso ataja,  
Y haciendo de su espada noble alarde,  
«¡Muerte -gritó- al follón, muerte al cobarde!»  
Al choque se volvieron todos de una  
Y también fue contraria la fortuna.  
Acordóse el Abad desesperado  
Del poder de su libro colorado,  
Lo sacó de su seno y en voz alta  
Leyó una página sin falta.

Con súbito pavor el enemigo  
En tierra inmóvil vino a dar consigo  
Y cual víctima triste y desgraciada  
De los de Liebenthál sufrió la espada.  
De Duncanio el milagro es conocido  
Y en carro de victoria es conducido  
A la ciudad, que le idolatra tanto:  
Es proclamado vencedor y santo.  
Fácil es conocer que en tal momento  
Llegó a ser el señor más opulento  
De todo aquel país que dominaba;  
La noble jerarquía le admiraba,  
Príncipes y magnates y señores  
De su amistad buscaban los favores.

Se rodeó de un lujo cortesano,  
A todos sus fervores dio de mano  
Y sin poner un dique a sus deseos  
Buscaba las delicias y recreos.  
No curó de homilías ni sermones,  
Corrió tras su apetito y sus pasiones  
Y cuando algún obstáculo veía  
Al libro colorado recurría.

Hora por hora sin perder camino.  
Quince años después que el peregrino  
Se había presentado en la abadía  
Con el rojo presente que traía,  
El Abad en su celda reposaba  
Y mil proyectos de ambición formaba,  
Cuando a un leve rumor se puso alerta,  
Pues oyó que llamaban a su puerto.  
-«¿Quién es? -gritó aturdido y asustado  
Y fuele respondido: -«Abrid, prelado.»  
-«¿Quién sois vos, que me habláis altivo y fiero?»  
-«La deuda de mi libro cobrar quiero.»  
-«¿Deuda del libro rojo? ¿En qué sentido?»  
-«Sí, Duncanio, tu plazo es ya cumplido;  
Sígueme, que llegó tu postrer día:  
Ya te debo contar por presa mía.»

Uñas descomunales le clavaba  
El peregrino negro y le arrastraba.  
El Abad se plañía en tal manera:  
-«Presas tuyas no soy; espera, espera:  
Ningún pacto firmé con mi enemigo,  
Que el cielo bien lo sabe y es testigo.»  
-«Es verdad que no hay firma ni contrato;  
Mas, merced a mi libro y su aparato,  
Sin temor de peligro ni de males  
Te has tragado pecados capitales,  
Te has metido en el fango de placeres,  
Ciego con la pasión de las mujeres;  
Has manchado tu mano con venganza  
Y con sangre la punta de tu lanza  
Y en la soberbia y vanidad me igualas,  
Aunque te falten mis terribles alas.

Vamos a los infiernos» Dicho y hecho:  
Clavándole las uñas en el pecho  
Se lo llevó como una paja leve

Que al impulso del céfiro se mueve,  
Cayó fuego del cielo en la abadía  
Que con llama voraz la consumía:  
Hacinados quedaron sus escombros  
Sirviendo de pavores y de asombros  
Y demonios nocturnos se notaban  
Que en torno se mecían y bailaban.

## BLANCA DE BORBÓN

Y era blanca y rubia y de buen donaire y de buen seso.  
(Crónica del rey D. Pedro.)

1

Muy ronco silbaba el viento  
Contra torre gigantesca,  
Cual si todo el ornamento  
De su labor arabesca  
Diese voces de tormento.

Que si en plácida armonía  
Sus arpas eolias suena  
Céfiro de la alegría,  
Canta el aquilón su pena  
Que es el son de la agonía.

Es el soplo del invierno,  
Es el silbo del traidor,  
Voz del padecer eterno,  
La rabia del desamor  
Y el gemido del infierno.

Mas si sobre el cornisón  
Do nacen yerbas perdidas,  
Callando su indignación  
Pliega el viento alas dormidas  
Que de escarcha y nieve son,

Oyese este triste acento  
De mujer allí encerrada,  
Como el ¡ay! de abatimiento  
Del naufrago en mar salada

Que anuncia el postrer momento.

2

El tálamo sin amor  
Es un lecho de cuidados  
Donde sufren su dolor  
Dos que fueron ayuntados  
Por un siervo del Señor.

En tan dura situación  
Vierten sobre su cadena  
Lágrimas con profusión;  
Mas son lágrimas de pena,  
No de mutua compasión.

Sin amor, son desventuras  
Los festines y conciertos  
Y luto las colgaduras  
Y sudario de los muertos  
Las nupciales vestiduras:

Es pésame el parabién  
Y hay un gusano traidor  
Que punza como el desdén  
Escondido en cada flor  
Que ciñe la fresca sien.

Vio la luz que al alba brilla  
Dos coronas en mi frente:  
De himeneo y de Castilla,  
Una de piedras de oriente,  
Otra del amor, sencilla.

Eran en extremo bellas;  
Un sol contempló las dos  
Y otro sol me vio sin ellas,  
Que fue voluntad de Dios  
O rigor de las estrellas

Tuve una rival dichosa:  
(Mucho alaban su embeleso);  
Tal vez la hizo más hermosa  
Del rey suspirado beso  
Que no mereció su esposa.

Con ser padres de la grey  
Mal, los prelados, fallasteis;  
Que contra la santa ley  
Nuestros lazos anulasteis  
Por un vil temor al rey.

Porque no debe el temor  
Del palaciego venal  
Buscar asilo interior  
Bajo el rico pectoral  
De un obispo, de un pastor.

Si tuerce amor desreglado  
Regio cetro alguna vez,  
Jamás ministro sagrado  
Por pasión o timidez  
Tuerza el báculo dorado.

Esto se oyó del lamento,  
Pues cansado de dormir  
Sus alas agitó el viento  
Que sordo empezó a mugir.

Después nada se escuchaba,  
Pues fue muerta en su prisión  
La hermosura que lloraba,  
Que era Blanca de Borbón.

### ENRIQUE III

1

#### *El gabán*

A Burgos la de las torres,  
La de ayunques y martillos,  
Cuyas fraguas encendidas  
Son resuellos del abismo,  
Fatigado de la caza  
Dirige el corcel altivo  
Don Enrique de Castilla  
Triste asaz y dolorido

Que los grandes de su corte  
Con galas y con anillos  
Mal enristrarán la lanza  
Contra moros granadinos.

Entregados están todos  
A las zambras y amoríos  
Y más aptos a danzar  
Que a vencer al enemigo.  
A músicas avezados  
Y de púrpura vestidos  
Respiran en el placer  
Frescas auras del cariño.  
Bajo sus dorados techos  
Todo es profusión y brillo:  
Cruzan pajes y hermosuras,  
Suenan arpas, suenan himnos;  
Y mientras parte el pechero  
Negro pan para sus hijos  
Y no puede darles pan  
Siempre que oye sus gemidos.

En un festejo de amor  
Por vanidad o capricho  
La dote de una princesa  
Gasta el infanzón que es rico.  
Enrique en tan tristes penas,  
Cavalgaba sumergido  
Sin hallar solaz al duelo  
Y en tanto llegó al castillo.

Después de un reposo leve  
Sentarse a la mesa quiso:  
Presentóse el dispensero  
Y al Rey de Castilla dijo:  
-«Perdonad; no hay qué comer,  
Porque en vuestro domicilio  
Ni hay blanca para comprar  
Ni recado prevenido.»  
Fingió no alterarse el Rey,  
Y puestos los ojos vivos  
En el pomo de la espada  
Parecía entretenido.

De este modo cubre el mar  
Con espuma sus vajíos,

Su fuego el volcán con nieve,  
Su flecha el amor con mimos.  
-«Bien -le respondió el Monarca-;  
Pobre cetro me ha cabido:  
Id, empeñad mi gabán  
Y cumplid con vuestro oficio.»

2

*El convite*

En magníficos salones  
De damascos guarnecidos,  
Sobre alfombras matizadas  
Con primores exquisitos,  
Marchan nobles y señores,  
Paladines y homes-ricos  
Cubiertos de grana y seda  
Con honrosos distintivos:  
Mil bujías a la vez  
Despiden hermoso brillo  
Y reflejan en el oro  
De las galas y vestidos.

En un ambiente de rosa  
Que no inflaman los suspiros,  
Revolaban los placeres  
Mofándose del hastío.  
Presidía a los magnates  
De Toledo el arzobispo  
Poco humilde por pastor,  
Como cortesano, fino.

Los manjares succulentos,  
Blanco pan en canastillos  
Y el aroma y el vigor  
De los potenciosos vinos  
Desterraban la tristeza  
De aquel encantado sitio  
Donde las fugaces horas  
Deslizaban en olvido.

Disfrazado entre los pajes  
Entró el Rey, vio el regocijo  
Y los cánticos de amor

Sonaron en sus oídos.  
Acordóse del gabán,  
Fuese, y entre dientes dijo:  
«Yo convertiré en dolores  
Vuestros gozos desmedidos.»

3

*El verdugo*

Cuando tiende la mañana  
Sus cabellos con anillos  
En que los diamantes son  
Leves gotas de rocío  
Llama el Rey a los señores  
A la sala del castillo,  
Pues finge que está doliente  
Y que hablarles es preciso.

Congregados los magnates  
Entra Enrique en aquel sitio  
Y desnudando el acero  
Preguntaba al arzobispo:  
-«¿Cuántos reyes poderosos  
Habéis en Castilla visto?»  
-«Tres, señor: a vuestro abuelo,  
A vuestro padre, a vos mismo.»

-«Pues yo -replicó el Monarca-  
Joven soy y he conocido  
Tantos reyes cuantos grandes  
Estoy viendo al lado mío;  
pero caerán las cañas  
A impulso del viento altivo  
Que locuaces y sonoras  
Las hicieron más benigno.»

A una seña del Monarca  
Soldados apercebidos,  
Verdugo, tajo y cuchilla  
Viéronse entrar de improviso.  
Horrorizados los grandes  
Imploraron con gemidos  
El perdón y la clemencia...  
-«Os perdono -el Rey les dijo-;

Pero entregaréis al punto  
Fortalezas y castillos  
Que habéis usurpado a Nos  
Con engaños y artificios.»

## LAS TRANZADERAS

A Madrid da diversión  
El rey don Juan y contento  
Con la festiva ocasión  
De tomar el regimiento  
De Castilla y de León.

Concede cargos y empleos,  
Regala exquisitos dones,  
Tiene justas y torneos,  
Cabalgadas y paseos,  
Músicas y colaciones.

Del palenque en los confines  
Se anuncia y se preconiza  
Al son de rancos clarines  
La noble y heroica liza  
Que tendrán los paladines.

Bajo dosel, rico puesto  
Guarnido de ricos paños  
Ocupa el rey, que es dispuesto  
Y en la flor de verdes años,  
Blanco, rubio y de buen gesto.

De ámbar lleva rica cuera  
Sobre jubón carmesí  
Y un manto que reverbera  
La luz del sol hechicera  
Con esmeralda y rubí.

Déjase ver ataviado  
Cercano a la regia silla  
López de Avalos, llamado  
Por su natural agrado  
Buen condestable en Castilla.

Por ser también allegados

Vense allí con su señor  
Caballeros muy honrados  
Y el almirante mayor  
Con los cuatro adelantados.

Mas don Álvaro de Luna,  
Cabalgador y bracero,  
Cuya privanza y fortuna  
Siendo novel caballero  
No iguala persona alguna,

No sigue al Rey cual solía;  
No por perder su favor,  
Sino que por alegría  
Quiso ser mantenedor  
De la justa de este día.

Es de ver aquel estrado  
Con graciosos miradores  
Do la reina se ha sentado  
Sobre paños de brocado  
Para respirar amores.

Y son tantos los diamantes  
Puestos en su crencha blonda  
Y en sus vestidos joyantes,  
Cuantos dieron siglos antes  
Los mineros de Golconda.

La cercan muchas doncellas  
De noble alcurnia nacidas  
Que son en extremo bellas,  
Bien tocadas, bien prendidas,  
Bien amadas todas ellas.

Hablan en voz de secreto  
Del que mantiene la justa,  
Pues en todo es tan perfeto  
Que a todas las damas gusta  
Por gracioso y por discreto.

Es cortés, bien razonado  
Y aunque no alto de persona,  
Bien apuesto y ajustado;  
Y, como su rey, blasona  
De docto en decir rimado.

Montero de tal manera,  
Que de su astucia sutil  
Nunca se ha visto la fiera  
Ni segura en la carrera,  
Ni segura en el cubil.

Sobre un alazán brioso  
Que luce sus escarceos  
Muéstrase en el ancho coso  
Para calmar los deseos  
Del concurso numeroso.

Baten los helados vientos  
Su plumaje azul turquí,  
Tan nobles son sus intentos  
Como ricos muestra aquí  
Yelmo, escudo y paramentos.

Por joya de su adorada  
Lleva lindas tranzaderas  
De oro y seda delicada,  
Que pueden ser las primeras  
Por su labor extremada.

Por la espalda airosa y suelta  
Con amor las ha ceñido  
Y cual talismán querido  
Por encima de la vuelta  
Del escudo muy febrido.

Mide el palenque al momento,  
Se alza la visera dura,  
Detiene el corcel violento  
Y a don Juan hace medida  
Y a la reina acatamiento.

Álzanse por más favor  
Sin poderse contener  
Para mirarle mejor  
Y para corresponder  
La reina y damas de honor.  
Mas como él siempre persiga  
Con miradas lisonjeras  
A Inés de Torres su amiga,  
Ya no hay dueña que no diga

Que ella dio las tranzaderas.

En un tordo muy ligero  
De hermosa cerviz y vela,  
Cabalga un aventurero  
Gran justador y puntero  
Por la dilatada tela.

Es Juan Álvarez de Osorio,  
Rival en tiernos amores  
Del de Luna y es notorio  
Que, aunque de ilustre abolorio,  
Sufre desdén y rigores.

Los ministriles sonaron  
Y los dos que competían  
La carrera prepararon,  
Que sed de venganza habían,  
Pues ambos a Inés amaron.

El encuentro fue muy rudo:  
Los dos quebraron su lanza  
Contra el enemigo escudo  
Dejando en el trance crudo  
Muy dudosa la pujanza.

Al choque volvieron de una:  
Dio Osorio tan bajo el bote,  
Por ser mala su fortuna,  
Que el hierro raspó el quijote  
De don Álvaro de Luna.

Don Álvaro, más mañero,  
Lo encontró por la bavera;  
Respingó el tordo ligero  
Y alzóse de tal manera,  
Que dio en tierra el caballero.

Sobre el de Luna al momento  
Vierten rosas y jazmín  
Las hermosas con contento,  
Porque trajo tan buen tiento  
Y anduvo buen paladín.

El Rey, en tanta alegría,  
Diole una ropa chapada

Que treinta marcos tenía  
De preciosa orfebrería,  
Toda en martas aforrada.

La Reina, que se admiró  
De su esfuerzo y buen talante,  
Con placer le regaló  
De sus dedos un diamante  
Que en mil doblas se estimó.

Quien mira el rostro de Inés,  
Que su amada dicha toca,  
Conoce cuán feliz es,  
Pero la fortuna loca  
Quita, da, pone al revés.

Logra entrar a la sazón  
En la liza que le espera  
Un apuesto campeón:  
Gonzalo de Cuadros era  
El muy garrido infanzón,

Que al ver al mantenedor  
Tan grande en el valimiento,  
Tan sublime en el favor,  
Así fabló en bajo acento  
Puesto freno a su furor:

-«Tú tendrás lo que no esperas...  
»Luna llena, menguarás...  
»Y antes de dar dos carreras  
»Con tu sangre mojarás  
»Las hermosas tranzaderas.

»Tú no cesas de preciarte  
»Con arrogancia indiscreta  
»De noble, sin acordarte  
»De la humilde y baja parte  
»De tu madre la Cañeta.»

Fue la carrera muy lista:  
Don Álvaro no encontró;  
Mas del velmo por la vista  
Gonzalo Cuadros le dio  
Bote tal, que Dios le asista.

El roquete de la lanza  
Abrió la vista, encontróle  
En la frente y con pujanza  
Todo el casco quebrantóle  
Por la parte que le alcanza.

Tanta sangre le salía  
Que daba grima mirallo:  
Las sobrevistas teñía,  
Tranzaderas y caballo:  
Que a caballo se tenía.

Del alazán lo bajaron  
Los pajes con gran premura,  
Del yelmo lo despojaron  
Y en andas se lo llevaron  
Para facerle la cura.

Causaba luto el gemido  
De las dueñas y doncellas:  
Con un eco dolorido  
Le plañían todas ellas  
Viéndole tan mal ferido.

Por la herida en parte tal  
Que ha padecido el de Luna  
Juró Inés llorando el mal,  
No comer cabeza alguna  
De ave, pez u otro animal.

Se alzó el Rey entristecido  
Y dijo a los de su lado:  
-«Las fiestas han concluido:  
»No hay nada que me dé agrado  
»Si está enfermo mi valido.»

## ISAURA

Cómo entra amor en el alma  
Es verdad que no se sabe,  
Pero ello es que él tiene llave  
Para abrir el corazón;  
Y una palabra, un suspiro,  
Dicha, o exhalado apenas,

Son a veces las cadenas  
Con que ata nuestra razón.  
–(Zorrilla)

Armida la encantadora,  
Cuando en una nube vaga  
Al guerrero arrebató  
Cuyo amor la desvelaba

Dejándolo en las florestas  
De las islas Fortunadas  
Do gozase de las rosas  
Líquido rocío y ámbar,

Tan bella no aparecía  
Como la Inocente Isaura  
Cuando quince primaveras  
Eran tipo de sus gracias.

Del ósculo de su madre  
La privó la muerte avara  
Y en esta memoria triste  
Fija siempre tiene el alma:

Así su corola inclina  
El opio de la Tebaida  
Y vierte en el suelo gotas  
Soporíferas y amargas.

¿Será que el amor travieso  
De su sueño la distraiga?  
¿Penetrar podrá el rapaz  
El castillo que la guarda?

¿Burlar a una dueña esquiva  
Que do quiera la acompaña  
Sin que su monjil y tocas  
Hielen sus lucientes alas?

¿Penetrar por los rastrillos  
Y saltar fosos y vallas  
Sin que escuche el centinela  
Sonar flechas en su aljaba?

Era el tiempo en que los hombres

Corrían a las batallas  
A trabar un rudo encuentro  
Por su Dios y por su dama.

La voz del honor seguían  
Sirviéndoles sus amadas  
Los cascos y los escudos  
Y la ponderosa lanza.

Sobre rápidos corceles  
Las riendas de oro flotaban,  
Las lizas de los torneos  
Se abrían a la esperanza

Y los motes y divisas,  
Los arreos y las armas  
Eran el hermoso asunto  
De los ecos de la fama.

El conde Ildebrán, el padre  
De la bella mencionada,  
Tenía por norte y ley  
La caballerescas usanza.

Se batía con valor  
Y muy diestro cabalgaba  
Jinete en entrambas sillas,  
Rico en armadura y galas.

Seis leguas solía hacer  
Por ver la risueña cara  
De Matilde, dulce Imán  
De sus venturosas ansias.

Por besar de esa señora  
La mano bruñida y blanca,  
Por reclinar en sus brazos  
Su cabeza ya cansada

No temía el caballero  
Los peligros y distancias,  
Que por eso amor se pinta  
Con plumas que al viento igualan.

Una lección de alfabeto  
Su querida le enseñaba

Y después, dando a su voz  
Inflexiones siempre blandas,

Un párrafo le leía  
De la obligación sagrada  
Que tienen los adalides  
Con el dios de las armadas,

Con su natural país  
Y con las hermosas que aman,  
Dándole mil documentos  
Con que el honor se amuralla.

Apreciando estos favores  
Cual no merecida gracia  
El Conde a su fortaleza  
Su corcel encaminaba,

Viéndose obligado a veces  
A trabar peleas bravas  
Contra algunos malandrines  
Que ofendían con palabras

La vejez de un sacerdote  
Sin respeto a tales canas,  
Sin respeto al ministerio  
Que a los ángeles le iguala:

O contra un raptor osado  
Que doncellas arrebató  
O que ofende el pundonor  
De dueñas bien educadas:

O contra un rústico torpe  
Que a pronunciar se adelanta  
El nombre de su Matilde  
Sin respeto y sin templanza.

Apenas en su castillo  
Ponía Ildebrán la planta  
Al retrete se subía  
De la cariñosa Isaura;

Si algún adalid vecino  
Durante su ausencia larga  
Se mostró en hostilidad

Solícito preguntaba:

Si atacó la fortaleza  
O si meditó emboscadas  
O si al honor de su hija  
Se pusieron asechanzas.

Tranquilo sobre estos puntos,  
De doña Sol, dueña y aya  
De la tímida doncella,  
Cautamente se informaba

Si su alumna en sus estudios  
Adquiría más ventajas;  
Si era dócil y virtuosa  
Sin deslices y sin faltas.

Doña Sol con aire docto  
Minuciosa cuenta daba  
Y hacía que repitiese  
Su alumna lecciones sabias

Y preceptos de virtud,  
Devociones y plegarias,  
Que las aprendió de coro  
Y era grato el escucharlas.

El Conde salía luego  
A recorrer sus murallas,  
A poner sus centinelas  
En erguidas atalayas

Y mandando alzar el puente  
Y rezando con voz baja  
Devociones a mil santos,  
Se hundía en su muelle cama.

Cuando había caballeros  
Hubo también trovadores,  
Errantes cual los primeros,  
Que cantaban sus amores,

Pedían el hospedaje  
En palacios y jardines  
Por descansar del viaje  
Desde remotos confines

Y la virgen hechicera  
Contemplaba entusiasmada  
O su larga cabellera  
O el arpa toda dorada.

Al eco y a la dulzura  
De aquel armonioso son  
Filtraba en el corazón  
La imagen de la ventura

Y el alma se adormecía  
Y al placer no se negaba  
Y era un dios el que cantaba  
Y una diosa la que oía;

Y el discípulo de Homero  
Se llevaba al retirarse  
Memorias de amor sincero,  
Favores de que acordarse

O a lo menos una flor  
Que dijese al manso viento:  
«Yo con mi dicho olor  
Indico agradecimiento.»

Dice el viejo pergamino  
Que yo leo con afán  
Que al castillo de Ildebrán  
Arribó un Bardo divino

Que, obsequiado por el dueño  
Con festines y con dones,  
Entonó tiernas canciones  
Con agradecido empeño;

Que Isaura se complacía  
En sus trovas dulcemente  
Y todas las aprendía  
Y entre todas la siguiente:

TROVA

-Madre mía, soy ingrata.

¿Me diréis si un desdén mata  
Como rayo vengador?  
¿Si es tan recio ese cuidado  
Que un mancebo desdeñado  
Se puede morir de amor?  
-Hija mía: si Dios quiere  
Morirá; mas nadie muere  
De ese mal que sepa yo.

-Madre mía, en bosque umbroso  
Me dijo un doncel hermoso:  
«Tú me hieres con rigor,  
Tus gracias son seductoras,  
Mas yo lloro y tú no lloras,  
Yo me moriré de amor.»  
-Hija mía, ése pondera.  
¡Ah! No temas que se muera  
De ese mal; no temas, no.

-Madre mía, él está triste;  
Solo en este mundo existe  
Mustio ya como una flor:  
¿Quién sabe si por castigo  
Tendré el mismo mal conmigo.

Y me moriré de amor?  
-Hija mía, escucha, espera:  
Si ves que su fe es sincera  
Cásate con él, por Dios.

El último verso había  
Conmovido a la hermosura  
Y el alma lo retenía  
Como prenda de ventura,

Que a veces suele el sonido  
De una sentida canción  
Penetrando en el oído  
Descender al corazón.

¿De quién es la voz sonora  
Que inspira tan dulce afán?  
Nos basta saber agora  
Que el cantor se llama Isván,

Que es joven amable y bello,

Que inspira violenta llama,  
Que el oro de su cabello  
Por sus hombros se derrama.

Que es lánguido su mirar  
Y el párpado soñoliento  
Sigue el compás breve o lento  
Y sube o baja al cantar;

Que nunca lo pudo ver  
Y nunca pudo escucharle  
Sin temblor una mujer  
Y un hombre sin envidiarle

Y, en fin, que cuando partió  
Tan ligero como el aura  
Un corazón se llevó  
Y era el corazón de Isaura.

Con sus escarchadas alas  
Pasó el tiempo que no es tardo  
Y olvidáronse del Bardo  
El Conde y la dueña Sol;

Mas no se olvidó la bella,  
Que en el alma lo tenía  
Al morir la luz del día  
Y al mostrarse su arrebol.

De noche su imagen pura  
Revolaba par del lecho  
Cubriendo su blanco pecho  
Con magnífico cendal

Cuyos pliegues, ondulantes  
Como nieve desprendida,  
Besaban de la dormida  
El mullido cabezal.

Al roce de aquella gasa  
La niña en su afán incierta  
Sacaba de la cubierta  
Brazos y seno gentil

Y dejaba ver dos globos  
Que a distancia igual subidos

Eran blancos y bruñidos  
Como el índico marfil.

Más abajo entre la Holanda  
Asomaba un pie nevado  
Tan pequeño y torneado  
Que era difícil juzgar

Cómo sostener pudiera  
La base tan reducida  
A una virgen tan crecida  
Al ponerse a caminar.

Entre sueños murmuraba:  
«Ven, oh gloria de mis penas,  
Que es mi cama de azucenas  
Y te guardo yo un placer.»

Mas la imagen como el humo  
Sus contornos deshacía  
Y en vagas olas huía  
Sin quererse detener.

No así huyera el cantor triste  
Que suspira sin remedio  
Y pensando está algún medio  
De aliviar su corazón,

De ver la dorada estrella  
Que con su luciente llama  
En su horizonte derrama  
Las dichas que gratas son.

Sabe que es de vista escasa  
Doña Sol: sabe por dónde,  
Cómo y cuándo marcha el Conde  
A buscar su dulce imán

Y por hablillas del vulgo  
Conoce sin perder tilde  
Los amores de Matilde,  
Que a vela y a remo van.

Transfigúrase en villano  
Con muy prudente consejo,  
Remedando en todo a un viejo

En porte y en languidez;

De frutas lleva un canasto  
Y a más en su seno mete  
Un papel, que es un billete  
Que ha de entregar a su vez.

Estando el señor ausente  
Se introduce en el castillo  
Armado del canastillo  
Que se brinda al paladar:

Todo sale a maravilla:  
Isaura en el mismo instante  
Reconoce a Isván su amante  
Bajo el traje irregular.

La dueña no advierte nada,  
Mas según costumbre antigua  
Refunfuña la estantigua,  
Que es de ingrata condición:

Quiso Dios que al ver las frutas  
Se calmaron sus enojos  
Comiéndose con los ojos  
La bendita provisión.

¡Oh imperiosa golosina!  
¡Tentación almibarada!  
Tu ley no respeta nada,  
Dominas a la mujer:

¿Dó hallaremos una vieja  
Cuya descarnada boca  
Cuando un dulce en ella toca  
No sonría con placer?

«¡Ricas peras! exclamaba:  
Muy hermosas a fe mía;  
Serán como la ambrosía  
Y más dulces que la miel:

¿Quién me negará por necio  
Que desluce esa manzana  
La viveza de la grana  
Y las tintas del clavel?

¡Ah, buen viejo! mi amo el Conde  
Vive sin gusto... es seguro...  
La doctrina de Epicuro  
No hace mella en tal señor.

De los dones de Pomona  
Descuidado está por cierto:  
Cerezas tiene en el huerto  
De malísimo sabor.»

-«Tomad, dice el disfrazado,  
Que os las rindo muy de veras.»  
La vieja tomaba peras  
Con mucha jovialidad,

La joven tomó el billete,  
Diciendo después ufana:  
«Me guardaré esta manzana,  
Porque me gusta, en verdad.»

Doña Sol dijo al villano:  
-«¿Qué se os debe por la fruta?»  
-«En materia diminuta,  
Nada, nada, respondió;

Es un don de mi cosecha  
Rústico, pobre y sencillo:  
Si queréis el canastillo  
También os lo ofrezco yo.»

Dióle el aya unas monedas,  
Mas la virgen adorada  
Le regaló una mirada  
Que tan dulce le será

Como la del primer ángel  
Del sueño y de los amores  
Sobre las primeras flores  
Que nacer hizo Jehová.

Por fin se retira el hombre...  
La dueña busca un armario  
En un puesto solitario  
Do pone la provisión,

Se cala los anteojos  
Y solícita y atenta  
Peras y manzanas cuenta  
Con grata satisfacción.

En tanto el billete amado  
Que ya por abrir se afana  
De pechos a una ventana  
Isaura leyendo está:

Tan tierno es su contenido  
Que la exalta y embelesa  
Y con mágica sorpresa  
Besos mil y mil le da.

¡Qué ternura! ¡Qué cariño!  
¡Qué sentidas expresiones!  
¡Y qué fuerza en las razones!  
¡Qué aromado está el papel!

Quien escribe tales cosas,  
Quien así pinta su llama  
No hay duda que adora y ama  
Noble, comedido y fiel.

Una cita se le pide:  
¡Gran Dios! ¡si supiese el conde  
Los secretos que ella esconde!  
Tiembla toda la infeliz:

En una mazmorra oscura  
Y sobre la tierra fría  
Sin mirar la luz del día  
Pagaría su desliz.

Su padre el amor le pinta  
Como un mar de escollos lleno,  
Como un pérfido veneno  
Que destroza el corazón,

Como un áspid enconado  
Que pica con inclemencia  
Y acibara la existencia  
Y perturba la razón.

Matilde también por cartas

La inculca, porque se asombre,  
Que los halagos del hombre  
Son los lloros del caimán;

Que hay mancebos libertinos  
Que buscan en las mujeres  
La espuma de los placeres  
Y las dejan y se van.

Mas ¡ah! cuando el alma siente  
De un volcán la ardiente pira,  
Cuando el corazón suspira  
Y es verdad la edad también

¿Qué fuerza tendrá un consejo  
Que de sabio forma alarde,  
Cuando siempre llega tarde  
O tarde y nunca más bien?

Húndese en el mar la luz  
Y vuelve a nacer la aurora,  
Pasa un día y otro día  
Y vuelan las negras sombras

Sin que tenga el trovador  
En sus penas y congojas  
Vislumbres de una esperanza,  
Noticias de la que adora.

Por milicia el amor tengo  
Aunque son sus guerras otras,  
Diferentes sus ardides,  
Sus hazañas y sus glorias.

Se rinde para vencer,  
Halaga cuando provoca,  
Rechazado no desiste,  
Con rogar halla victoria

Y son de tal condición  
Sus retos y lides todas  
Que el vencedor y el vencido  
Los mismos laureles logran.

Mas, en cambio, tiene afanes  
Y vigiliyas y zozobras

Y lo roen las sospechas  
Y los celos lo devoran

Y quien busca en él quietud  
Alienta esperanzas locas,  
Que es océano profundo  
Que da turbulentas ondas.

Declinaba ya la tarde  
Plegando su tren de rosa  
Como virgen que descíñe  
Los vestidos de su boda

Cuando Isván, junto al castillo  
Repasando sus memorias,  
Gozaba el amable aliento  
De las auras bulliciosas.

Miraba la fortaleza  
Gigante de antiguas formas,  
Cárcel que en su seno esconde  
Su tesoro y se lo roba.

Lleva consigo un billete  
Y abismado reflexiona  
Cómo lo podrá poner  
En manos de su señora,

La primera vez la suerte  
A su plan rindió coronas,  
Mas dos veces no es prudencia  
Poner un ardid por obra,

Que si su barquilla débil  
Un duro peñasco topa  
Dejar puede en escarmiento  
Sus remos y tablas rotas.

Escuchando a sus espaldas  
Confusión y voces broncas  
Vuelve el rostro y ve una lucha  
Que le deja el alma absorta.

Contra tres bandidos fieros  
El conde defensa toma  
Y esgrime su aguda espada

Que es un rayo de Belona.

Cual león que ve pacer  
De gacelas leve tropa  
Erizando su melena  
Y abriendo terrible boca

Sus labios que están sedientos  
Lame con la lengua roja,  
Como que ya paladea  
La sangre que aún no brota

Y ruge y se lanza luego,  
Hiere, divide y destroza,  
Así el conde a los ladrones  
Con gran ímpetu se arroja.

Huyeron los foragidos  
Maltratados y en derrota  
Sufriendo unas cuchilladas  
Que pasaban de la ropa

Y al acercarse el cantor  
Vio que el conde se incomoda  
Porque mientras en la lid  
Con ardiente afán se engolfa.

La carta se le perdió  
De Matilde su señora  
Para Isaura, en la que inculca  
Máximas de moral doctas.

En el campo de batalla  
Entre unas malezas toscas  
El Bardo encontró la carta,  
Y como no se le ignora

Que el Conde leer no sabe,  
Escondérsela le importa  
Y en vez de la de Matilde  
La entrega la suya propia.

Ildebrán le da las gracias  
Y así que algo se recobra  
Del furor y la inquietud  
De aquella refriega odiosa

Cabalga con noble brío,  
Riendas al corcel afloja,  
Pasa el puente y los umbrales  
De su fortaleza toca.

Se alivia de la armadura,  
Deja el casco y las manoplas  
Y la malla guarnecida  
De las aceradas hojas  
Y llamando a su hija bella  
Que acude a sus voces pronta,  
Del cantor le da el billete  
Sin saber que se equivoca.

«Recibe (dijo) esa carta  
Que es una preciosa joya  
Y acata la diestra mano  
Que tales renglones forma:

Haz lo que se dice en ella  
Sin perder tilde ni coma,  
Que es tu padre quien lo manda  
Y con su mandato sobra.»

Abriendo el billete Isaura  
Duda y se conmueve y nota  
Que la carta es de su amante,  
Que contiene lindas trovas

Y que exige muy de veras  
Una cita perentoria  
En aquella misma noche  
Cuando avance más sus horas,

Dándole cumplido aviso  
Del modo con que mañosa  
Procurar debe a su amante  
Cumplimiento de sus glorias.

Mas, ¿cómo por mensajero  
A su mismo padre toma?...  
¿Qué misterio aquí se oculta?  
¿Quién entiende tales cosas?

¿Qué ha de hacer? Su corazón

Por la cita sólo aboga  
Y dan peso aquellas voces  
Que vienen a su memoria:

«Recibe esta carta, Isaura,  
Que es una preciosa joya  
Y acata la diestra mano  
Que tales renglones forma:

Haz lo que se dice en ella  
Sin perder tilde ni coma,  
Que es tu padre quien lo manda  
Y con su mandato sobra.»

Avanzada, noche, vas  
Desprendiendo de tu manto  
Sueños de gracioso encanto  
Que pronto nos robarás

Y andas demasiado clara,  
Luna, que en tu cielo subes  
Sin una gasa de nubes  
Que cubra tu limpia cara.

Si supieras, astro hermoso,  
Que ofende tu claridad.  
No lucieras en verdad  
Con rayo tan poderoso,

Sino que, como Vestal  
Que ni ríe ni se alegra,  
Cubrieras con ropa negra  
Tu figura angelical.

Son críticos los instantes  
Y más que tu luz que asombra  
Apetecen dos amantes  
Soledad, misterio y sombra.

Acuérdate, desdeñosa,  
Si es que tienes corazón,  
De la gruta de Endimión  
Y del lecho en que reposa

Y dejando el cielo a oscuras  
Bájate a mostrarle, ingrata,

Tu seno de limpia plata  
Todo henchido de ternuras.

La campana del castillo  
Da las doce lentamente,  
Tiembla el corazón sencillo  
De la doncella inocente.

Y aquel prolongado son  
En las auras, de improviso  
Resuena en su corazón  
Como una señal y aviso.

Duerme el conde sin afán  
En las horas tan tranquilas,  
De doña Sol las pupilas  
Cerradas también están:

Buenos sueños les asistan  
En el lecho bien mullido:  
Centinelas hay, más distan  
Del lugar que se ha escogido.

En el patio dos alanos,  
Fieros como dos leones  
De desiertos africanos,  
Ladran con interrupciones;

Mas aunque su voz no calla,  
Nunca pueden penetrar  
El lado de la muralla  
Por donde se puede entrar

De Isaura en la habitación  
Sin tener sus duros dientes  
Y sus garras inclementes  
Que rasgan sin compasión.

La noche está muy serena,  
Reina paz en la campiña,  
Mas tiembla la pobre niña  
Que asoma por una almena:

Aunque está el apartamiento  
De Ildebrán de allí distante,  
Palidece su semblante,

Se hiela su atrevimiento:

Teme sin duda ninguna  
Ser vista y se desespera  
Y se ofende por la luna  
Que tanto brilló en la esfera.

Mas ya ve que por consuelo  
Alguno de los querubes  
Tendió sobre el astro un velo  
De muy apiñadas nubes:

Tímido su pie resbala,  
Esfuézase y en seguida  
Colgando dejó la escala  
Que llevaba prevenida

Atándola de tal suerte  
Que estar bien segura pudo,  
Pues para tenerla fuerte  
Tres veces apretó el ñudo.

Oprimido tiene el pecho,  
Retírase a su morada  
Que dista muy corto trecho,  
Deja la puerta entornada

Y al resplandor vacilante  
De una lámpara que brilla,  
Dobla en tierra la rodilla  
Y alza al cielo su semblante.

De la torrecilla al pie  
Lleno el pecho de esperanza  
El fiel trovador avanza  
Y a un rayo de claridad

Ve que descendió la escala,  
Mas ¡ay! toda se despliega,  
Pero a su mano no llega  
Porque es corta en realidad.

Su dolor crece de punto  
Pues no hay árbol do empinarse  
Ni grieta donde apoyarse  
En el liso paredón

Y en vano pretendería  
Hombre de más estatura  
Asir la cuerda segura  
Por el primer escalón.

Además aquellas nubes  
Que a la luna se acercaban  
Su luz de eclipsar acaban  
Y el cielo llenando van,

Ensanchan sus negros flancos  
Y recientan con el trueno  
Las preñeces de su seno  
Que son todas de volcán.

Gruesas gotas se desprenden  
Y el aire con viva llama  
Cada punto más se inflama,  
Como si un genio traidor

Dando fuego a muchas minas  
Y máquinas infernales,  
Asustase a los mortales  
Por permiso del Señor.

Despertando con los truenos  
Sale el conde de su abrigo,  
Pues teme que su enemigo  
Que mora en su vecindad

Y es el conde don Gofredo,  
Para sorprenderle salga  
Y con astucia se valga  
De la recia tempestad.

Teme que sus centinelas  
Con la tormenta maldita  
Se encierren en su garita  
Y que se duerman tal vez,

Toma su lanzón pesado  
Y acude a rondar el fuerte  
Por si algún descuido advierte  
Que ofenda su rigidez.

El primer punto dó acude,  
La muralla que visita,  
Es donde se da la cita,  
Punto que eligió el amor:

De un relámpago al destello  
Un ¡ay! de sorpresa exhala  
Porque ve puesta una escala  
Que es causa de su estupor.

Quiso dar la voz de alarma,  
Pero la escala a su alcance  
Revela de amor un lance  
Vista su fragilidad;

No es propia de ardid de guerra,  
Por lo tanto en tomo mira  
Y esperando se retira  
Metido en la oscuridad.

Bien pronto salió de duda,  
Pues amor irresistible  
Se ríe de lo imposible  
Conociendo su poder;

Como base de sus plantas  
Piedras el cantor poniendo  
Por la escala va subiendo  
En busca de su placer.

¿Qué escena no vio el castillo?  
Isván en su feble asiento  
Balancea con el viento  
Que muge como Satán:

Con los ojos encendidos  
Como líbica pantera  
Con duro lanzón le espera  
Recatándose Ildebrán.

Este cuando el Bardo salta  
Con ímpetu a herirle viene,  
Mas su brazo se detiene,  
Se suspende su furor;

Quiere ver hasta qué extremo

Cómplice su Isaura sea  
Y a dónde va y qué desea  
El intrépido amador.

Le sigue hasta el aposento  
De la virgen, vacilante  
Y allí muestra su semblante  
Terrible, feroz y audaz;

Como flor que se desmaya  
Sin rocío de ventura  
Languidece la hermosura  
Nublando su triste faz.

Isván contempla y medita  
Del conde la dura ofensa  
Y en vez de buscar defensa.  
Y en vez de mirar por sí,

Sacando el acero oculto  
Sin formar ni leve queja  
Del conde a los pies lo deja  
Quedándose inerme allí.

En este apurado instante  
Se oye el grito de la guerra  
Que las bóvedas aterra  
De aquel castillo feudal;

Da sus golpes la campana;  
«A las armas con presteza  
Que atacan la fortaleza»,  
Dice una voz funeral.

La muralla está asaltada,  
Vuela el conde denodado,  
Isván se arma y a su lado  
Se muestra en la ruda lid

Como un furibundo Aquiles  
O el Héctor de los troyanos  
Y anima a los veteranos  
Cual si fuese su adalid.

Dos veces al conde salva,  
Dos veces librarle pudo

Poniéndole por escudo  
Su espada y su pecho fiel;

Mas no acierta en noche oscura  
Conocer al enemigo  
Que de su valor testigo  
Sufre pérdida cruel.

Huyen los asaltadores,  
Mas rindiendo sus aceros  
Se quedan dos prisioneros,  
Y ¿quién lo dijera? ¡ay Dios!

¡Que Gofredo el animoso,  
Su padre dulce y querido,  
Por su espada fue vencido  
Y era el uno de los dos!

En efecto, Isván, doncel  
De aire noble y mirar ledo,  
Era el hijo de Gofredo  
Enemigo de Ildebrán

Que, por su pasión a Isaura  
De trovador disfrazado,  
Dejó al padre idolatrado  
Sumergido en triste afán.

A la vista se presenta  
Un cuadro que exigiría  
El brío y la valentía  
Del divino Rafael

O las tintas de Murillo  
Y su numen soberano  
O la idea del Albano  
Y el magnífico pincel.

Tres guerreros se contemplan:  
Gofredo vencido y preso,  
Ildebrán, que quedó ileso  
Por el ínclito valor

Del mancebo temerario  
Que de noche escaló el muro  
Del castillo mal seguro,

Con agravio de su honor,

Isván, que mirando el rostro  
De su padre idolatrado  
De su victoria afrentado  
Viene a postrarse a sus pies

Y contempla con sus gracias  
Esta singular pintura  
Isaura, cuya hermosura  
Llora y gime por los tres.

Ildebrán enternecido  
A Gofredo da los brazos  
Y estrecha con él los brazos  
De una naciente amistad,

Promete al cantor la mano  
De su Isaura que gemía  
Y ya despuntaba el día  
Serenos y sin tempestad.

¡Musa! Yo del himeneo  
Las glorias cantar quisiera,  
Mas me pierdo en esa esfera  
Y es preciso enmudecer:

Diré sólo que Matilde  
Concurrió al festín de amores,  
Que hubo cantos, vinos, flores,  
Fuegos, zambros y placer.

## FELIPE II Y EL CONFESOR

Tribunal para el perdón  
Tiene la Iglesia en su ley  
Que no admite distinción  
De villano ni de rey  
Pues todos iguales son.

En contrito desconsuelo  
Es el hombre allí un gusano  
Que se arrastra por el suelo,  
Tiende el ministro su mano

Y un ángel firma en el cielo.

Allí son las oraciones  
Las que tienen prez y honor;  
No hay alcurnias ni blasones,  
Pues no distingue el Señor  
De pecheros o infanzones.

Fe pura y los labios fieles  
Es lo que ama un Dios desnudo;  
De nada sirven laureles,  
Corona sobre el escudo  
Y grifos en los cuarteles.

Como humilde pecador  
Felipe viene a llorar  
A los pies del confesor;  
Como siervo ha de rogar  
El que siempre fue señor.

Al sayal tosco se humilla  
Cetro y púrpura real,  
Que donde tiene su silla  
El ministro celestial  
El rey dobla la rodilla.

«Mal aconsejado andáis,  
»Dice el ministro, en ceder  
»Al amor que respiráis,  
»¡Oh rey!, por esa mujer  
»Si católico os llamáis.

»Un nombre supuesto os guía  
»Al infierno y a su llama,  
»Lloraréis vuestra alegría  
»Cuando sepáis que esa dama  
»Se llama Sara, es judía.

»Si se envilece un menguado  
»De la más ínfima grey  
»De una hebrea enamorado...,  
»Si tal atentara un rey...  
»¿Quién absuelve su pecado?

»Cabeza que está proscrita  
»Por los eternos rigores

»¿Qué insensato solicita  
»Ceñirla de gayas flores  
»Cuando el cielo las marchita?

»¡O cielo santo! perdona,  
»Dijo el rey; fue error humano,  
»Porque si alguno blasona  
»Más que yo de buen cristiano  
»He de darle mi corona.

»Os lo juro, yo ignoré  
»Su bastarda villanía;  
»Cuántas veces la miré  
»No vi a Sara, vi a María  
»De la santa cruz al pie.

»Vila cual ángel de Edén  
»Que cuando diadema de oro  
»Me fatigase la sien,  
»La tomara por decoro  
»Y la ciñera también.

»Humillando mi esplendor  
»Su virtud no vi humillada  
»Y sabed, el confesor,  
»Que es tan pura su mirada  
»Como el cáliz de una flor.

«La habéis delatado a Nos;  
»Quien la condena es la ley,  
»Quien ha de juzgarnos, Dios:  
»A Felipe como rey,  
»Como sacerdote a vos.

»¿Con que exige mi conciencia  
»Que ella muera, olvide yo?  
»¡Cielos, qué cruel sentencia!»  
Y el ministro respondió:  
-«Esa es, rey, tu penitencia.»

Confuso el rey se retira,  
Pues si le dan el perdón  
Piden la condenación  
De aquella por quien suspira.

Puesto está en grave tormento,

Resignado en lo exterior  
Y afligido en lo interior  
Al dejar el sacramento.  
Ama Felipe, mas ve  
Que el cetro que está en su mano  
Obedece al Vaticano  
Y éste grita: «auto de fe».

Mas no puede en su dolor  
Templo y ministro dejar  
Sin decir en el altar:  
Yo no fui su delator.»

#### FELIPE IV Y EL DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES

Muy metido en el embozo  
Cruza un galán una calle  
Cuando tan negra es la noche  
Que sus estrellas no salen:

El ala de su sombrero  
Sobre la gorguera cae  
Y las ondulantes plumas  
Viento y lluvia a la par baten:

Tiénese bajo un balcón,  
Un pito de plata tañe  
Y otro corresponde adentro  
Mientras una reja se abre.

Rica en gracias y atavío  
Poco tarde en presentarse  
La hermosa que ha de causar  
Sus glorias o sus pesares.

Pone en los cruzados hierros  
Manos con preciosos guantes  
Y el faldellín de tuan  
Agitaron auras suaves.

En pláticas de placer  
Se engolfan los dos amantes,  
Dulces favores suplican,  
Lloran desdén, juran paces

Y comparan sus amores  
Con muy ingeniosas frases  
Ella al rayo del estío  
Que seca la flor del valle,

Y él a la encendida llama  
Que despiden los volcanes,  
Que le abrasa el corazón  
De cuyas cenizas nace.

Así de su fiel cariño  
Quiso hacer hermoso alarde  
Cuando vio un hombre tras sí  
Puesto en acción de escucharle.

Tiró luego del estoque  
Y ardiendo en enojos graves  
Al desconocido inmóvil  
Dirigió razones tales:

-«Tras cobarde sois traidor:  
»¡Malhaya tal felonía  
»Si os pagan por ser espía  
»Que escucháis cita de amor!

»Mañero sois en andar,  
»Que si os llegara a sentir  
»Sería vuestro avanzar  
»Precipitarse a morir.

»¿A quién buscáis? ¿qué queréis?  
»¿Quién sois, villano? decid:  
»Mas no importa que no habléis,  
»Sacad la espada y reñid.»

El incógnito animoso  
Del embozo se deshace  
Y antes que los dos riñesen  
Así quiso contestarle:

-«Quien soy yo saber queréis:  
»Quizá os pese ¡vive Dios!;  
»Ya que no me conocéis  
»Sabed que soy más que vos.

»Yo recuerdo que en palacio  
»No ostentáis tanta bravura,  
»Que soléis hablar despacio,  
»Que os portáis con más mesura;

»Que a nadie llamáis villano  
»Y que nunca os viera allí  
»Con el estoque en la mano,  
»Mas con el sombrero, sí.

»¡Duque!, ya podéis reñir,  
»Que nada importa mi nombre,  
»Pues solo presumo de hombre  
»Para vencer o morir.»

A la voz del rey Felipe,  
Voz de truenos y huracanes,  
El de Medina a sus pies  
Rendido de hinojos cae:

De su triste corazón  
Roncos los suspiros salen  
Y el monarca de Castilla  
Fue prosiguiendo al alzarle:

-«Duque, del reino saldréis  
»Pues conviene a mi persona  
»Y es forzoso que olvidéis  
»A María Calderona.

»De su hermosura liviana  
»Mi pecho prendado fue;  
»Pero yo os juro a mi fe  
»Que se ha de acordar mañana

»Y en el rincón de un convento  
»Sola quedará con Dios  
»Para llorar su tormento  
»La que quiso amar a dos.»

Dijo el rey y a poco rato  
Queda en soledad la calle:  
Ni se escucha voz alguna,  
Ni en la reja se ve a nadie.

MARÍA CALDERONA

. . . . .

Las trenzas sin alheñar,  
Pálido y triste el semblante,  
Con dos lágrimas hermosas  
En los ojos celestiales,

Bajo de artesón dorado,  
Sentada en el almadraque  
De un escaño de marfil  
Gime una mujer sus males.

«¡Ay de aquellas noches, dice,  
»En que el rey me presentasteis  
»Con secreto misterioso,  
»Conde-Duque de Olivares!

»Porque amor y majestad  
»Mal pudieron hermanarse  
»Sobrando de humilde en él  
»Lo que en ella de arrogante:

»Porque ofenden al cariño  
»Condiciones desiguales  
»Y los abrazos de un rey  
»Oprimen aun cuando halaguen;

»Pues las penas de servirle  
»Con las dudas de agradarle,  
»Los temores de ofenderle  
»Cuando toda ofensa es grande,

»Los respetos de atención  
»Y atención de vasallaje  
»Son grillos en complacerle  
»Y obstáculos en amarle.»

Así dijo y de sus ojos  
Las dos lágrimas errantes  
Al perderse en las mejillas  
Sobre el blanco seno caen.

Inmóvil parece allí

Niobe de los pesares  
A quien quitan los dolores  
Fuerzas para lamentarse

Y en tan abatido estado  
Seguiría si no entrase  
De improviso un hombre adusto,  
Ministro de los altares.

-«El gran Felipe, señora,  
»Nunca tolera el desmán  
»De la que infiel y traidora  
»Tiene citas a un galán.

»La majestad no se inclina  
»(Pues fuera menos valer)  
»A estimar a una mujer  
»Manceba del de Medina.

»Dama infiel a los amores  
»Del monarca de Castilla  
»Tema todos los rigores  
»Del dogal y la cuchilla.»

-«No os atañe, prelado, a vos  
»Hablar de amor ni desdén:  
»O no habléis, o hablar de Dios,  
»Que lo demás no está bien.

»En un tiempo con decoro  
»Tuvo la iglesia en su altar  
»Cruz de leño, obispos de oro  
»Fieles en decir y obrar:

»Mas en tiempos desgraciados  
»Pierde la Iglesia el tesoro  
»Si al tener las cruces de oro  
»Son de leño los prelados.

»Vos de la cristiana grey  
»Sois guía, sois conductor;  
»Dejad la venganza al rey  
»Mientras os cumple mejor

»Predicar con santo intento  
»De las ofensas perdón

»Y tras de la absolución  
»Dar el pan del Sacramento.»

-«Por compadecer a vos  
»Mal cumpliera con mi ley  
»Desobedeciendo al rey  
»Que ocupa el lugar de Dios.

»Mucho siento ¡vive el cielo!  
»Vuestro deslíz y aflicción  
»Y antes de daros el velo  
»Yo os daré la absolución.

»Tosco sayal vestiréis  
»Y del claustro en las moradas  
»Vuestra culpa lloraréis  
»Entre vírgenes sagradas.»

-«¿Monja yo...? ¿Quién dio tal ley...?  
¿Yo en un claustro retirado...?  
-«Monja por fuerza o de grado.»  
-«¿Quién puede mandarlo?»

-El rey.»  
Dijo el prelado y al punto  
De aquella mansión se parte.  
Va murmurando en voz baja,  
Practica la puerta y sale

Y sin recoger el vuelo  
De sus hábitos talaes  
Con las delicadas sedas  
La larga escalera barre.

Pero al cabo de tres días  
Presentóse al rey, a darle  
Los cabellos de la hermosa  
Puestos en un azafate.